El Uruguay del olvido se está diluyendo y avanzan en torrente los recuerdos, desde distintas vertientes, desde distintas edades, con sus particularidades y sus lagunas. Desde la diversidad, como debe ser.

El barrio Punta de Rieles fue enclave de represión y resistencia durante la época de la dictadura: tuvo en su interior el Penal de mujeres presas políticas, por sus calles transitaron los familiares en su peregrinaje infatigable, y albergó vecinos y vecinas que conviviendo con la presencia militar, se sacudieron el miedo para ir acompañando y gestando caminos de libertad.

Punta de Rieles fue también, podría decirse, un bastión de mujeres. Las que afuera fueron timón de ese barrio, y las que adentro mantuvieron altas las banderas. Mujeres que pusieron y seguirán poniendo su impronta en la historia.

Hoy, hay círculos que se cierran, hilos que se entrelazan, manos que se juntan, voluntades que se encuentran para acercarnos aquellos sucesos lejanos pero recientes.

Y surge así este libro, en el que se vierten diversos relatos testimoniales que tienen que ver con historias de un lugar en una época a la que es necesario volver para integrarla no solo al registro sino a la vivencia de toda la comunidad para aprender de ella.

ISBN 9974-600-16-2
9 789974 600164

memorias para la paz

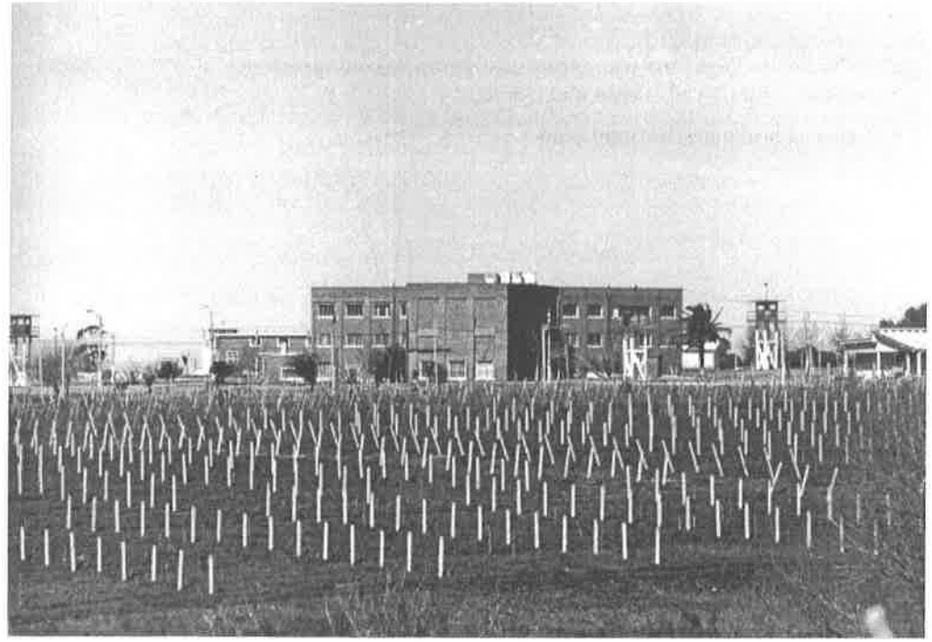
memorias de Punta de Rieles en los tiempos del penal de mujeres

memorias para la paz

memorias de Punta de Rieles en los tiempos del penal de mujeres

memorias de Punta de Rieles en los tiempos del penal de mujeres

memorias para la paz



Dibujo de tapa: Graciela Nario

Diseño de tapa: Cecilia Fronzuti

Fotos actuales del Penal de Punta de Rieles: Ana Casamayou

Fotos restantes: Espacio Memorias para la Paz

Edición Gráfica: Claudio Ortiz

Para hacernos llegar sus comentarios, sugerencias e impresiones, invitamos a escribir al correo electrónico:

memoriasparalapaz@hotmail.com

1ª edición, noviembre de 2004 - Junta Departamental de Montevideo.

2ª edición, diciembre de 2004 - Editorial Vivencias

Prólogo

La primavera es inexorable...

Pablo Neruda

Este libro surge de voluntades, de voluntades de mujeres que construyen desde cada trinchera sus sueños de paz y libertad.

Confluye desde distintas vertientes que se transformaron en un torrente incontenible de encuentros, recuerdos y emociones.

Se fue forjando a partir de la necesidad de recordar, de poner en palabras, de reconstruir colectivamente un pedazo de la historia que aún pesa, de manera de abrir caminos que conduzcan hacia una sociedad más justa y equitativa.

Fue creciendo desde lejos pero inexorablemente.

Ya en el Penal las presas políticas soñaron en transformar esa prisión en un centro de cultura para la Paz.

En el barrio Punta de Rieles algunas vecinas hablan desde hace años de la necesidad de homenajear a las mujeres que habían estado presas en el Penal, cuya presencia en el barrio aún hoy las avergüenza.

Desde la Comisión de la Mujer de la Zona 9 se fue gestando la idea de que era necesario recuperar la memoria de la resistencia y la lucha de cientos de mujeres que durante más de 12 años estuvieron dando cuenta de que no iban a poder doblegar la dignidad del pueblo uruguayo.

El Taller Vivencias[1]

Estábamos presas en Punta de Rieles hacía mucho tiempo y no sabíamos por cuántos años más, pero soñábamos con que ese lugar en el que éra-

1 El Taller Vivencias de ex presas políticas está integrado por Anahit Aharonian, Alicia Chiesa, Rosario Caticha, Graciela Nario, Raquel Núñez, Carmen Pereira y Graciela Souza.

mos reprimidas y aisladas del mundo, se transformara en un centro desde donde se irradiara memoria y vida.

¿Por qué decíamos memoria?

Memoria, porque siempre supimos que sin memoria no podíamos construir el futuro.

Memoria, porque pensábamos que debía registrarse todo lo vivido y sufrido por tantas mujeres presas políticas uruguayas.

¿Por qué decíamos vida?

Vida, porque ahí adentro se vivió, se creció en base a los dolores y las alegrías, pero siempre construyendo.

Vida, porque ese lugar debía transformarse en un centro de actividades..... pero...¿cuáles? Allí estaba el amplio abanico en la imaginación de cada compañera.

El 31 de julio de 1997 las ex presas políticas de todo el país nos reunimos por primera vez y allí formalizamos nuestras intenciones de construir, en forma colectiva, la memoria de las mujeres hacedoras de nuestro tiempo.

A partir de allí se formaron varios talleres o grupos, entre ellos el "Taller Vivencias", cuyas integrantes formamos parte ahora del presente trabajo, con la intención de registrar las vivencias cotidianas de la prisión, que se plasmaron en el libro "De la desmemoria al desolvido".

El libro cobró vida y salió de nuestras manos, desatando memorias. Justamente, las memorias construidas de esa manera colectiva se constituyeron en un vehículo para que otras memorias encontraran su punto de partida.

A esas vivencias del adentro faltaba completarlas con las vivencias del afuera, fundamentalmente de los familiares, nuestro apoyo permanente en todos esos años difíciles.

No habíamos empezado con eso cuando desde la Comisión de la Mujer de la Zona 9 nos llegó una inquietud: homenajear a las ex presas políticas poniendo el nombre de una de ellas a una calle del barrio.

Luego de una amplia consulta coincidimos en que no podía ser un único nombre; ¿cómo elegir a una sola? Con esa respuesta nos reunimos con la Comuna Mujer 9. Fue tan rica la charla, tantas las inquietudes, que decidimos ponernos a trabajar en conjunto con el barrio – vecinas y vecinos – la memoria de todos esos años.

Las vecinas y vecinos

Punta de Rieles durante la dictadura perdió parte de su identidad; la presencia de los cuarteles selló fuertemente la forma de vida de su gente que tuvo que convivir con fuerte presencia militar y con la invisible pero segura presencia de las y los presos políticos. Si algo está claro es que no fue fácil ser habitante de ese barrio rigurosamente vigilado; menos aún ser demócrata y progresista. Hubo que administrar el miedo, con culpa de saber que frente a sus narices se cometía la barbaridad de pretender someter la dignidad de un pueblo con el encierro prolongado, la tortura y la desaparición. Fue necesario sobrevivir a las requisas permanentes y a los entrenamientos militares con sus cánticos amenazadores "vamos a matar a todos los subversivos".

Aún hoy hay mucha gente que reconoce el barrio por el Penal de Mujeres y no por su origen fundacional. ¿Será posible devolverle al barrio su identidad perdida?, ¿o será necesario tomar conocimiento, en el territorio, de su historia más reciente para transformarla en una fortaleza y no en una debilidad?

Las Comuneras del 9[2]

Ya en sus comienzos hace más de 6 años, el grupo de mujeres Guyunusa[3] (hoy ya no funciona) dejó planteada a la Comisión de la Mujer de la Zona 9 la propuesta de rendir homenaje a las Mujeres del Penal de Punta de Rieles.

2 El Programa Comuna Mujer es implementado por la Comisión de la Mujer de la IMM en 9 zonas de Montevideo y tiene por objetivo promover los derechos de las mujeres e implementar un Servicio de Atención. La Comisión de la Mujer de la Zona 9 es la organización social que impulsa este programa en la zona y tiene por objetivos incorporar la perspectiva de género en las políticas locales así como promover los derechos de las mujeres para su pleno ejercicio de ciudadanía.

3 Este grupo se conformó en los inicios de la Comuna Mujer, siendo integrado por cerca de 20 mujeres del barrio Punta de Rieles. A fines del 99 por distintas razones dejó de funcionar si bien varias de sus integrantes continúan cercanas a la Comisión de la Mujer.

Esta idea fue madurando junto a la convicción de que era necesario recuperar la memoria de las mujeres de los distintos barrios que conforman el Centro Comunal Nº 9, hacedoras y constructoras de la identidad de cada lugar, y que por lo general no tienen lugar en la historia.

En ese proceso muchas mujeres fuimos tomando conciencia de la historia protagonizada por las mujeres presas políticas durante la dictadura en el Penal de Punta de Rieles, y de su importancia para el barrio.

Hace ya bastante tiempo, en la Comisión de Obras y Servicios del Concejo Vecinal se presentó un expediente con la solicitud de cambio de nombre de una calle de Punta de Rieles; fue la oportunidad que encontramos para ponernos en contacto con las ex presas y consultarlas al respecto.

Se conocía poco en el grupo sobre la situación de la presas en el Penal de Punta de Rieles y algunas compañeras expresaron su vergüenza e inclusive culpa por haber estado al margen de los hechos. Pero a partir del primer encuentro, de la gran emoción que sentimos al recibirlas, decidimos colectivamente que este tema tenía que pasar a ser parte de las líneas principales del trabajo del grupo, transformándose en un fuerte compromiso y en potente señal de la necesidad de trabajar en este sentido.

Memorias para la Paz

Ya en los primeros encuentros entre ex-presas políticas y la Comisión de la Mujer de la Zona 9 surgió la idea de convocar a una reunión con vecinas y vecinos de Punta de Rieles. Consultadas algunas mujeres que integraron el grupo Guyunusa, le pusimos fecha a la primera reunión: 27 de setiembre de 2003 en el Colegio y Liceo Vedruna. La consigna fue "Punta de Rieles: lugar de resistencia", nombre que se le dio a todas las convocatorias posteriores que se realizaron con el objetivo de recabar testimonios sobre el ex Penal de Punta de Rieles.

Más de 30 personas nos encontramos en un abrazo postergado que selló el comienzo de un proyecto que va sumando voluntades, sentires y pensares. Un grupo importante de ex presas políticas, vecinos y vecinas del barrio e integrantes de la Comisión de la Mujer comenzaron a entrelazar historias, a re-conocer momentos, situaciones, a ponerle nombre a las personas y a rescatar las cosas que mantuvieron guardadas en la memoria, producto del miedo a la represión.

Luego vino la primera asamblea en COVITREMA (Cooperativa de Vivienda Tres de Mayo), el centro poblado más cercano al Penal y que sin dudas tiene mucho para decir. El 25 de octubre de ese mismo año más de 70 personas pasaron por el Salón Comunal de la Cooperativa. Fue conmovedor, aún hoy perduran las fuertes emociones compartidas. Para la mayoría de las ex presas políticas que participaron era la primera vez en tantos años que volvían al barrio donde habían estado presas. Los vecinos y vecinas las recibieron con enorme cariño y contaron cómo fue la vida del barrio durante todos esos años. Se encontraron y reconocieron voces, momentos, gestos. Para muchos, esa fue la primera vez que hablaban de lo que habían sentido y de lo que había pasado durante esos años oscuros. Los jóvenes, niños en esos años, recibieron a las ex presas con su murga y se brindó y se festejó. Y quedó con gusto a poco.

Es así que el 16 de noviembre nos reunimos con los jóvenes de la cooperativa. Fue una experiencia formidable; la inocencia, la frescura y la ternura de los juegos infantiles, nos permitieron construir otra mirada de esa época y poner en palabras cosas que a algunos adultos nos cuesta reconocer.

Estas instancias dieron lugar a que se fuera conformando un espacio de trabajo permanente al que llamamos "Memorias para la Paz". Surge de la iniciativa del Taller Vivencias, de la Comisión de la Mujer de la Zona 9 y de la ONG Mujer Ahora que acompaña el proceso de la Comuna 9.

Teniendo presente las propuestas realizadas por las vecinas y vecinos en las asambleas, y otras que se construyeron en el intercambio, se elaboraron los objetivos y propuestas del espacio y se lanzó una carta pública en la que nos planteamos:

- ✔ Dar un nuevo nombre a una de las calles de acceso al ex Penal de Punta de Rieles, que recuerde a las mujeres que vivieron la reclusión forzada por su lucha por construir un país con mayor equidad, así como a las familias que las acompañaron.
- ✔ Crear un espacio público del Barrio Punta de Rieles, con plantas autóctonas y una placa alusiva, que represente un homenaje a la lucha de las mujeres que resistieron el atropello de la fuerza .
- ✔ Promover la apertura del ex Penal de Punta de Rieles para ser visitado, y su posterior transformación en un Museo-monumento Histórico para la Paz.

✔ Realizar una publicación con los testimonios de vecinas y vecinos del Barrio Punta de Rieles a los cuales se impuso la presencia del Penal y la consecuente militarización del barrio.

De manera inmediata fueron llegando las adhesiones y es así que al momento contamos con el apoyo y el compromiso de las siguientes organizaciones sociales:

- Comisión de fomento Punta de Rieles
- Cooperativa COVITREMA
- Comision fomento teatro y plaza Flor de Maroñas
- Grupo eclesial de base de parroquia Santa Gema
- Consejo administrador de la casa de la cultura "El Hornero"
- CRYSOL – Organización de ex presas y ex presos políticos
- Taller género y memoria
- Junta Local Zona 9
- Concejo Vecinal Zona 9
- Comisión de Obras Comunitarias del CCZ Nº 9
- Comisión de Derechos Humanos del CCZ Nº 9
- CNS: Mujeres por democracia equidad y ciudadanía
- SERPAJ
- IELSUR
- SERSOC
- Madres y familiares de detenidos desaparecidos (FEDEFAM Uruguay)
- Unión de Mujeres Uruguayas
- Comisión de la Mujer de AEBU
- Amnistía Internacional
- Asociación civil "Casa Lunas"

Y el apoyo del Gobierno Departamental de Montevideo a través de la:

- Comisión de la Mujer de la I.M.M.
- Comisión de Derechos Humanos de la Junta Departamental de Montevideo

En el año 2004 otras instancias le dieron continuidad a la propuesta. El 15 de mayo, en otra asamblea en la Cooperativa COVITREMA, se encontraron ex presas y presos políticos, familiares, vecinas y vecinos, dando lugar a nuevos recuerdos, volviendo a contar relatos ya compartidos y comenzando a soñar con los proyectos planteados, de manera de seguir recuperando la memoria de esos años.

El 11 de agosto, con la presencia de la historiadora Marisa Ruiz, presidenta de Amnistía Internacional Uruguay, y de la profesora Rosario Caticha, ex presa política integrante del Taller Vivencias, comenzamos un ciclo de Talleres de Memoria y Género que tiene por objetivo dar un paso más para entender el valor de esos relatos y recuerdos que van conformando una historia colectiva.

Los contenidos del libro y su metodología

Este libro es el resultado de esa experiencia e intenta transmitir los testimonios, tanto los brindados en esas reuniones, como otros recogidos en entrevistas individuales y algunos que llegaron por escrito.

Las asambleas y reuniones fueron grabadas y lo que se transcribe son algunos de los relatos ofrecidos por los y las participantes. La selección de los testimonios fue realizada a partir de elegir algunos temas comunes a todas las instancias, por lo cual no tienen un orden cronológico ni transcriben la intervención completa de los que hablaron.

Las entrevistas individuales se realizaron a algunas de las personas reconocidas como referentes claves para entender el barrio y su historia.

Los testimonios escritos se recibieron de familiares y ex presas y son transcriptos tal como sus autoras los elaboraron.

La estructura del libro está definida por un primer grupo de testimonios que hablan de cómo era el barrio antes de que se instalara allí el Penal de Mujeres. Luego se da lugar a los testimonios de ex presas políticas que hablan de cómo sentían al barrio. Seguidamente los relatos de los familiares brindan las vivencias que tuvieron de aquel período. Por último, los testimonios de las vecinas y vecinos del barrio, dejando un capítulo especial a los niños.

Introducción

El Penal de mujeres

El 16 de enero de 1973, en la llamada "Operación Charrúa", varias detenidas por motivos políticos fueron trasladadas desde diversos establecimientos militares hacia el Penal de Punta de Rieles (EMR Nº2), constituyéndose éste en el lugar central de reclusión de mujeres. Desde entonces, a lo largo de esos años, otras mujeres llegaron desde distintas prisiones de todo el país, hasta que en 1985, las últimas presas políticas fueron puestas en libertad por la Ley de Amnistía.

Originariamente el establecimiento fue edificado como "Noviciado de la Compañía de Jesús" y más tarde vendido al Estado, que tenía la intención de usarlo como "cárcel modelo" para delincuentes primarios.

A partir de 1968 el gobierno autoritario de Pacheco Areco lo destinó a sitio de detención de más de 400 prisioneros políticos. En enero de 1973 se decide que sea cárcel de "alta seguridad" para detenidas políticas.

Al finalizar la dictadura pasó a ser sede del Batallón Florida, y en la actualidad el Ministerio de Defensa lo ha destinado a escuela para soldados que viajan a las misiones de paz al exterior y liceo de soldados que no terminaron secundaria. Por ello ha sido, hasta el momento, imposible visitarlo por las ex presas políticas.

El EMR Nº2 tenía capacidad para albergar 400 detenidas, cifra que superó largamente entre 1976-1977, pero no se conoce el registro oficial de las mujeres que allí estuvieron. Al llegar al establecimiento, cada presa recibía un número para su identificación. Puede suponerse que entre 660 y 700 mujeres pasaron por el penal entre 1973 y 1985.

Cabe destacar que hubo otros muchos lugares de detención y que muchas mujeres detenidas no llegaron al Penal de Punta de Rieles.

El edificio construido en ladrillo rojo en forma de Y, con buenos materiales, fue rodeado por seis torretas de vigilancia. Cerca se edificó la Sala de Disciplina, llamada "la casita" o "los calabozos", con 9 celdas para la incomunicación rigurosa y prolongada de las múltiples sancionadas por los motivos más diversos y arbitrarios.

Se construyeron dos barracas suplementarias, con dos alas cada una, para albergar el creciente número de detenidas.

En la entrada había una construcción destinada a la recepción de cartas, paquetes y revisación de los familiares antes de la visita. Separado del edificio se construyó cocina, panadería, granja, chiqueros, caballerizas, colmenares y corrales. Con el tiempo se agregaron instalaciones para el disfrute del personal militar tales como una piscina, canchas de polo, fútbol y frontón, casino de tropa y de oficiales. En el área circundante, el comandante Barrabino coleccionaba llamas, ciervos, cabras, un asno, nutrias, conejos, víboras y otros animales de su estima.

El Penal de Punta de Rieles fue una cárcel de máxima seguridad, un lugar de "observación de presas políticas", destinado a la destrucción física y especialmente psíquica de las detenidas.

Es imposible hacer generalizaciones sobre la política carcelaria porque fueron múltiples los cambios durante el transcurso de esos largos 12 años en Punta de Rieles, pero la constante fue la dura política represiva contra las detenidas.

Vivían en sectores en condiciones de hacinamiento y no se permitía la comunicación de detenidas de distintos sectores. Dentro de cada sector la vigilancia era permanente. Había mirillas en los calabozos y micrófonos en algunos sectores; en la Capilla (sector C) había una puerta-espejo. En las celdas las soldados entraban y salían continuamente y en las barracas la observación era permanente a través de un vidrio. Si bien en algunos momentos las ventanas permitieron ver hacia el campo, luego fueron tapiadas con una mampara de color verde.

Las pautas de comportamiento eran cambiadas continuamente con el propósito de crear inseguridad y se aplicaban sanciones arbitrarias, según criterios de hostigamiento selectivo y personalizado. El objetivo era provocar miedo e incertidumbre mediante requisas sorpresivas, trabajo forzado e inútil, maltrato de las PMF (Policía Militar Femenina), "alarmas" imprevistas, interrupción intencional del sueño.

Se les prohibía recibir noticias del exterior, escuchar radio o ver TV y los libros –cuando los había- debían pasar por la censura. En algún período fueron aisladas de la realidad casi totalmente.

Al llegar al penal se les entregaba un uniforme gris de brin obligatorio para invierno y verano, un número que las identificaría mientras permanecieran allí y un bolsillo de color (sobre el corazón) identificatorio del sector. Era obligatorio llevar el pelo corto estilo "pillete o plumita", en un intento claro de despersonalización. No se podía tener reloj, zapatos de taco alto, ni objetos personales.

Muchas de ellas sintieron el deterioro de su salud física y mental debido a las difíciles circunstancias de vida del Penal, la alimentación pobre y las malas condiciones en que transcurría la hora de la comida (poco tiempo, un parlante con música fuerte) y la atención médica mala y discriminada. Algunas compañeras perdieron su vida por falta de atención médica.

Ciertas conductas humanas elementales estaban prohibidas por considerarse "peligrosas": hacer gimnasia, tomar mate en algunas etapas, dormir la siesta, cantar en coro, utilizar algunos símbolos para las cartas o manualidades -como palomas, mujeres embarazadas, rosas-, tener fotos de los familiares, tomar decisiones.

Las presas también sufrieron por la falta de comunicación fluida con el exterior y el maltrato dado a sus familiares, que eran "fichados". Se les permitía una visita, un paquete y una carta quincenal. Todo esto era manejado con estudiada arbitrariedad. Las visitas se realizaban en un locutorio a través de un vidrio; familiares y presas fueron controlados por teléfonos, grabadoras y soldados.

La resistencia colectiva a esas condiciones represivas fue la forma de sobrevivir en prisión. Se procuraba compartir todo, desde los artículos de consumo hasta los afectos. La mayoría mantuvo sus valores de valentía, solidaridad y fraternidad, así como sus convicciones ideológicas anteriores a la detención.

Los mecanismos de resistencia y lucha fueron múltiples y creativos. A pesar de las prohibiciones se lograron numerosas formas de relacionamiento y hubo que aprender nuevos códigos de comunicación que atravesaran los muros: idioma de señas, silbidos a través de las ventanas, golpes en las paredes de los calabozos.

La lectura colectiva, el canto, las obras de teatro, las creativas manifestaciones culturales, las manualidades, la energía creadora, todo se constituyó en una forma de acercamiento y fortalecimiento. A veces la resistencia fue sencillamente recordar.

Se trataron de cuidar unas a otras con un trato afectuoso y protector, de "estar bien" para dar fuerza a las compañeras y a la familia; y de trasmitir el buen ánimo hacia el exterior. El tejido de sólidos lazos afectivos, redes flexibles de sostén, fue un mecanismo natural de resistencia y lucha entre mujeres militantes presas de la dictadura.

Punta de Rieles significa para las ex presas políticas reencontrarse con recuerdos que remiten a un mundo de sufrimiento y represión, pero también lo recuerdan como un período de vida y aprendizaje, de lazos de solidaridad y lucha por resistir.

Los costos, no obstante, fueron muchos. Hubo quienes se perdieron en caminos de locura, otras que murieron por negligencia médica y malas condiciones, y las menos que perdieron sus referentes. Pero la esencia de los sueños inspiradores de mujeres que trazaron un surco en la historia reciente del país en pos de la libertad, la solidaridad y la utopía de un mundo mejor ha sobrevivido. Y sigue haciendo surcos.

Yo pisaré las calles nuevamente...

El 4 de marzo de 1985 las últimas presas políticas eran llevadas desde el Establecimiento Militar de Reclusión Nº 2, -conocido como el Penal de Punta de Rieles- hacia la Jefatura de Policía de Montevideo. Unos días después, el 10 de marzo, la mayoría de ellas son amnistiadas pero no pueden salir caminando o como cada una quisiera decidir sino que son sacadas en diferentes patrulleros de manera que la multitud no pueda darles el tan ansiado abrazo del reencuentro.

Finalmente, el 12 y el 14 de marzo salen las últimas, quienes no gozarán del beneficio de la amnistía.

Sin embargo, en sus barrios y con inmensa alegría las recibía un pueblo entero, que recuperaba a través de ellas un pedazo de dignidad.

Años que aún duelen, que indignan, que molestan.
Años que están grabados a fuego en la piel y en la memoria.
Años de lucha y resistencia.
Años de miedo y sufrimiento.
Años de solidaridad silenciosa y potente.

El Golpe de Estado de junio de 1973, encabezado por el Presidente Juan María Bordaberry y amplios sectores de las Fuerzas Armadas no sólo disolvió los poderes del Estado y de esa forma la institucionalidad democrática. La dictadura cívico-militar se propuso como objetivo aniquilar al movimiento popular y a sus dirigentes. Pretendió ponerle una lápida a la potente organización de los y las trabajadoras, desarticular el combativo movimiento estudiantil y quebrar a los partidos de izquierda que representaban un peligro para sus intereses.

Durante 12 años el Uruguay se transformó en una cárcel, con cientos de mujeres y varones presos, torturados y desaparecidos; con miles de uruguayos y uruguayas que tuvieron que exiliarse pues peligraba su vida y la de su familia; miles de destituidos de sus cargos públicos y fichados con letras según "su conducta democrática". La censura de canciones, de libros, la prohibición de reunirse. Los allanamientos, los robos, los atropellos.

Los años del terror se nos metieron por las puertas y ventanas de nuestras casas y se instalaron acechando en los rincones.

La vida poderosa encontró sus caminos y cada quien respondió como pudo o como quiso. Fueron diversas, múltiples y contradictorias las formas de convivir con la dictadura. Hubo quienes no se enteraron o prefirieron no enterarse de lo que estaba pasando, hubo también aquellos que aplaudieron el "orden institucional" y otros a quienes paralizó el miedo. Pero también se multiplicó y se sembró la solidaridad y el heroísmo; ese con el que pudimos resistir y hacerle frente al horror. Cientos de miles de pequeñas y grandes acciones llevaron a dar la contundente respuesta del plebiscito del 80 donde a pesar del atropello, el pueblo uruguayo le dijo NO a la dictadura. Grandes y pequeños gestos de solidaridad permitieron resistir e ir reconstruyendo las organizaciones sociales y políticas que a pesar de la clandestinidad y la represión levantaban su voz en defensa de la libertad.

La impunidad

Los intentos por ocultar los hechos ocurridos durante la dictadura y de obturar los caminos de búsqueda de la verdad afectan las bases de nuestra democracia.

La impunidad se sostiene en falsas premisas que se instalaron en nuestro país cuando se aprobó por un ajustado 52% de ciudadanía la "Ley de

Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado" en el plebiscito de abril de 1989. De esta forma se intentó cerrar la búsqueda de la verdad con relación a lo ocurrido durante las dictaduras de la "seguridad nacional" del Cono Sur. La política del olvido asegura que mirar el pasado agita fantasmas que pueden volver. Debemos mirar hacia delante pues de otra forma quedaremos atados al pasado y no será posible mantener la democracia que tanto nos costó.

Nada más lejano a la verdad; conocer las flagrantes violaciones a los derechos humanos cometidas durante la dictadura y reflexionar sobre sus consecuencias en nuestra sociedad tiene mucho más que ver con el futuro que con el pasado. Es de esta forma que nos estamos transformando en un país sin historia y por lo tanto sin identidad; en el cual la mentira, la culpa y el miedo corroen los cimientos democráticos. Hemos perdido la fortaleza que da la dignidad y se ha instalado el imperio del miedo con su espejo cruel de cobardía, en el cual preferimos no mirarnos.

Es imprescindible recuperar nuestra historia y nuestra identidad de manera de poder resignificar los horrores del pasado y permitir re-construir un nosotros solidario y comprometido con valores de lealtad, confianza y equidad.

La memoria

Nuestra memoria es nuestra coherencia, nuestra razón,
nuestra acción, nuestro sentimiento.
Sin ella no somos nada

Luis Buñuel

Muchos uruguayos y uruguayas creyeron que olvidar era el antídoto necesario, sin saber que de esa manera estábamos permitiendo que se elaborara una historia oficial falsa donde se mezcla todo y se miente sobre las causas y efectos de la impunidad. No se trata entonces de elegir entre el olvido y la memoria sino entre dos formas de recordar, entre dos relatos del pasado. Es desde el lugar y la forma que recordemos como iremos construyendo el presente y el futuro.

La lucha por recuperar la memoria es en definitiva un conflicto político y social y es en definitiva una lucha de poder, el que gana la memoria logra interpretar el pasado y ganar el futuro. Más temprano que tarde los pueblos

se niegan a que se falsifique la verdad y solo el rescate de la memoria hace posible poner en juego la posibilidad de diálogo entre los integrantes de una sociedad. La memoria que debemos ganar es el encuentro de lo diverso, de lo plural y de la tolerancia, en el marco de un debate abierto y de confrontación libre de ideas, entre diversos actores. Reconstruir la memoria es la única forma posible de integrar a los y las protagonistas de viejos conflictos a un mismo escenario de acción.

Estas memorias son el intento de un barrio que a través de recuperar la voz y construir su relato está reconstruyendo su identidad como sujeto protagonista de su propia historia colectiva. Es así que en las distintas reuniones fue quedando al descubierto un puzzle donde la mayoría tenía piezas distintas pero otros no tenían ninguna; todos entonces tomábamos contacto con nuestra historia común.

Sin duda existe una distancia en el tiempo y por lo tanto entre la experiencia vivida, los sucesos y su recopilación actual. Estos retazos de la memoria no pretenden ser La Verdad, sino pisadas en el camino de ida y vuelta que nuestra sociedad ha comenzado a recorrer para encontrarse y proyectarse.

El barrio antes del penal

Testimonios de vecinos y vecinas de Punta de Rieles: Kiti, Carlos Abreu, Miriam González.
Testimonio de Miguel Ángel Olivera, ex preso político.
Testimonio de Ricardo Percovich.

Kiti - Mi conocimiento data de 1948. Vine al barrio cuando tenía 14 años. De acá fui a estudiar al liceo, y posteriormente al IAVA, porque en aquella época para terminar segundo ciclo se iba allí. Después la vida me llevó a casarme con un integrante del barrio y me quedé. En lugar de irme más lejos, por el contrario, me interné más hacia la zona rural de Punta de Rieles. Las referencias más antiguas las tengo por la familia de mi marido. Estamos afincados en este lugar, ya la quinta generación, que son mis nietos. A partir de la memoria de mi suegra rescaté muchas cosas y después, como me integré a la Comisión de Fomento de la escuela por mis hijos, cuando hubo que hablarle a los niños de la referencia histórica de su barrio me gustó ir a las raíces, no quedarme con lo que se comentaba. En primera instancia hubo que averiguar cuál era el origen de Punta de los Rieles. No Punta de Rieles sino "Punta de los Rieles".

Este nombre surge en junio de 1911, fecha en que empieza a venir el tranvía desde el centro hasta la Punta de los Rieles, donde está ahora el kiosco policial. El nombre viene del hecho de que la gente que venía de afuera pedía el boleto o la combinación hasta la terminal del tranvía, para luego entrar a Montevideo.

El tranvía funcionó desde julio de 1911 hasta el 25 de agosto de 1956, fecha en que vino por última vez a Punta de Rieles. En esa época todavía estaba Camino Maldonado con una sola vía; luego se haría la doble vía. Camino Maldonado en sus orígenes era Camino Real a San Carlos. Posteriormente, cuando se hace la ruta para dar salida a Montevideo pasa a llamarse "Camino a Maldonado". Hay gente que dice que el Camino Real a San Carlos pasaba por lo que hoy es el camino Guerra, paralelo a Camino Maldonado. Yo no me atrevería a afirmarlo porque no le veo salida hacia el lado del este. La venida del tranvía dio lugar a que se acercara gente a esta zona.

La conformación social de Punta de Rieles fue siempre heterogénea; no había una fábrica que aglutinara a la gente, y entonces venía gente de

distintos barrios, de distintos lugares. Hay quienes dicen que en sus orígenes el barrio era de chacareros. Por mi conocimiento de la gente de la zona opino que no, porque muy poca gente de la que compró este fraccionamiento pertenecía a la gente que trabajaba la tierra. El primer fraccionamiento de acá de Punta de Rieles se hizo en la década del 30. Fueron 27 o 28 solares. A fines de la misma década, o quizás en la del cuarenta, se hizo otro fraccionamiento, y otro en la década del 50, donde está Covitrema.

De la gente que vivía acá en estos fraccionamientos de las décadas del 30 y del 40, había muy poca que se dedicara al trabajo de la tierra.

En 1888 se afincó en la zona la viña de la familia Bruzzone, que en principio tenía unas pocas hectáreas en Camino Guerra, paralelo a Camino Maldonado. Posteriormente, uno de los hijos de esa familia expandió los viñedos. O sea que es sólo una familia, la familia Bruzzone, la que tiene un viñedo. No hay otra familia en Punta de Rieles que tenga viñedos. Posteriormente se asociaron con Sciutto y tienen su bodega Bruzzone y Sciutto, pero los viñedos propiamente dichos son de Bruzzone, a ambos lados de Camino Punta de Rieles.

La gente de Punta de Rieles viajaba muchos kilómetros para ir a trabajar en la construcción o en distintas fábricas. Tampoco se afincaba mucha gente de los cuarteles que hay en Camino Maldonado. Porque yo podría nombrar, casi sin equivocarme, cada una de las casas de la zona que conozco por el largo tiempo de vida acá y por mi vinculación con la escuela, y en Punta de Rieles directamente no hay tantos soldados viviendo porque en general en este barrio las casas son de gente que compró el terreno, hizo su casita y posteriormente la amplió o se la dejó a sus hijos.

Entonces, en general no hay mucha gente que pertenezca al ejército. Eso es más bien una característica del kilómetro 14, donde está el cuartel. Es un barrio al que años antes se le decía "el 14".

En los 70 y pico se creó frente a Punta de Rieles –sobre Camino Maldonado y atrás del supermercado– un barrio netamente policial. En un principio las viviendas iban a ser para INVE pero fueron cedidas –no se en qué carácter– al Ministerio del Interior, que trajo a vivir a doscientas y tantas familias.

En Punta de Rieles hubo mucha gente que trabajó por el barrio. Hay una comisión de fomento con personería jurídica que se fundó en abril de

1945. Ha tenido sus altibajos, como todas, pero hizo el teatro y trajo todo lo que hay en Punta de Rieles. Hay cuatro o cinco cuadras de hormigón que fueron hechas en la década del 50.

Yo siempre digo, Punta de Rieles mismo, el viejo Punta de Rieles, con los intereses de la gente mayor, no está representado en nada. Porque posteriormente se fueron formando asentamientos. El primer asentamiento se formó así: había una familia Rodríguez con una chacra de 22 hectáreas y quedaron unas mujeres mayores a las que se les fue metiendo gente en el terreno, incluso las hicieron irse. Aparentemente después entraron otras personas que se apropiaron de los terrenos y los fueron vendiendo. A ese asentamiento se le llamó el Nuevo España. Posteriormente se fueron tomando otras tierras donde la gente se fue asentando. Decían que era gente de mal vivir, pero a través de la escuela conocí a los padres de los niños y supe que lo que los trajo muchas veces no fue el mal vivir ni nada por el estilo, sino el hecho concreto de que perdieron su trabajo, perdieron calidad de vida. A la prueba está que han hecho su casita con sacrificio.

Yo me integré a trabajar en la escuela porque tengo cuatro hijos. Más o menos en el 71 la escuela funcionaba en un local alquilado. Entonces había un parque que Don Tomás Berreta había cedido a los empleados de su ministerio para hacer un parque de diversiones, de recreación. Alguna gente quería una escuela allí y otros querían un campo de deportes. Entonces teníamos un tire y afloje con otros vecinos y yo fui de las personas que trabajó para sacar la escuela. Mi escuela, la 179. En lo único que no estoy de acuerdo es en que posteriormente se le puso Tomás Berreta, y si bien es cierto que Don Tomás Berreta fue una persona muy respetable y todo lo que se quiera, me hubiera gustado que tuviera un nombre que le aportara algo a la escuela, que es muy carenciada. Incluso yo, en tono jocoso, les decía a las directoras, "mirá, debíamos haberle puesto Repúblicas Árabes Unidas, cosa de que los árabes nos mandaran un poco de petróleo". Yo he tenido mis encontronazos con gente que ha venido a visitar la escuela y les he dicho, "el partido de gobierno tiene sus deudas con la escuela, porque tiene el nombre de un colorado, y ustedes, aparte de lo que le dan por ley, no le han dado nada". Yo trabajé por esa escuela e investigué de quién era el predio, cómo se había hecho, todo, todo. Luché, peleé para que saliera la escuela de Punta de Rieles. Bueno, felizmente la vi levantada, mi escuela.

Ahora los asentamientos aportan mucha niñez a la zona y esa escuela termina resultando chica. Entonces con Rosario, una directora muy trabaja-

dora, muy bien, empezamos a trabajar por otra escuela. Pero resulta que encabezamos mal el trámite al ponerle escuela 179. Entonces ¿qué hacen? Nos cortan el patio y nos hacen otra escuela en el patio. Cuando vinieron a inaugurar la escuela, Rama me dijo: "Ahí tenés la escuela". Le digo: "No, ésta no es la escuela que yo quiero. Yo quiero una escuela allá, en Nuevo España y el barrio España –detrás del cuartel y de la Escuela de Armas y Servicios–, para que los chiquilines no tengan que caminar kilómetros". Porque los niños caminan todos esos kilómetros para venir a esta escuela. Vienen a comer, caminan para venir a comer a la escuela.

Yo no tengo color político; no soy ni de izquierda, ni de derecha. A mí me sirve una persona si va a hacer algo.

Miguel Ángel - Este es un aporte que pretende ser un ajuste con la historia ¿no? Antes de la llegada de las compañeras al establecimiento de reclusión de Punta de Rieles habíamos estado algunos hombres detenidos allí. Eso hay que rescatarlo desde la justicia histórica, de la memoria del establecimiento militar. Pero no solo porque tuvo a los presos de la dictadura sino porque comenzó teniendo a los presos de la democracia. Hay que recordar que con las medidas prontas de seguridad del gobierno de Pacheco Areco hubo compañeros procesados, compañeros que llenaban los cuarteles, que llenaban las cárceles y que una vez que cumplían la pena dada por el poder judicial en juicios sumarísimos, sin posibilidades de defensa clara, eran retenidos, lo que quiere decir que eran trasladados a otros lugares de reclusión. Punta de Rieles fue el primer lugar donde dichos compañeros se concentraron. Un par de años antes del golpe de estado era la democracia la que tenía presos a sus luchadores sociales. No nos olvidemos de eso. Pero aquí nos concentraron antes de la inauguración del penal de Libertad y este penal estuvo lleno. Llegamos a ser de trescientos a cuatrocientos compañeros hacinados acá.

Y haciendo un poco de historia y haciendo justicia con la historia, también debo decir que la primera detenida o la primera persona detenida en los predios de lo que después fue el EMR2, el penal de Punta de Rieles, fue una compañera. Y les cuento. Era un barrio tranquilo con la presencia dominante del cuartel que manejaba los intereses económicos, hacía mover los almacenes, los boliches, los bailes. Y en la década del sesenta dos jóvenes enamorados de la Unión instalan su nido de amor en la calle Capricornio, a dos cuadras y media de acá. Un bulín, como se decía en esa época. Ahí se desarrollaban actividades de amistad, de comilonas, de traer a las novias, de pasar las noches divertidos, tocando la guitarra, cantando. Y la convivencia con el personal militar del 14 era cotidiana, en los almacenes, en las compras, muchos de ellos vivían con sus familias en la zona, compartíamos las mismas canillas de agua para ir a buscar con baldes y bidones porque no había agua corriente en la zona, había tajamares donde ahora hay una calle de macadam. Corrían los años 70 y la organización a la que yo pertenecía se dispuso a interrumpir una transmisión de CX20 Montecarlo y aparecer con una proclama. Necesitábamos una estructura para desplegar una antena de 14 metros por lo menos. Una compañera conoce unos curas que tienen un retiro en Punta de Rieles cuya capilla tiene una torre, de por lo menos seis metros, desde donde podríamos emitir. Y bueno, casualmente yo tenía ese bulín, ese nido de amor aquí cerca y dijimos -bueno lo usamos de base, partimos de ahí. Vinimos al lugar, nos instalamos en ese rancho, la compañera fue a hablar con su cura amigo en Punta de Rieles y no volvió. Como tenía una hora tope para volver por razones de seguridad, cuando llega la hora y la compañera no regresa, nos fuimos. Cerramos el rancho y nos fuimos. La compañera había llegado al lugar pensando encontrar aquel viejo retiro de los curas y encuentra una carpa verde enorme con un destacamento militar que la detiene unas horas. Un oficial la interroga: "¿Usted qué hace aquí?" "Yo vengo a ver un cura". "Esto ya no es más de los curas, lo compró el Ministerio de Defensa". Pero la tuvieron detenida unas horas. Es decir que la primera detenida, la primera persona detenida cuando pasó a ser una institución militar, fue una mujer.

Miriam - Yo nací y me crié en Punta de Rieles. En esa época había gente que trabajaba su quinta, que cultivaba, que vendía en el mercado. Era un tipo de vida muy diferente, hasta la época de la dictadura. En aquel momento nos conocíamos todos, teníamos confianza entre los vecinos.

Carlos - Este es un barrio que está rodeado de cuarteles. La conformación primaria fue de trabajadores de la construcción que compraron un terreno para su vivienda. Todas tienen el mismo plano, son todas iguales. Hacían una vivienda de carácter precario para sacarse de arriba el alquiler y después construían la definitiva adelante. Las precarias quedaban para alquilar y complementar los ingresos. ¿Y quiénes eran los que las podían ocupar? Mayoritariamente milicos, porque era un pago seguro que se cobraba en el cuartel. Esta era zona de quintas y los quinteros plantaban sus cañaverales, porque luego utilizaban las cañas para apuntalar; se plantaba mucho tomate en esta zona. Cuando se fueron abandonando las quintas, se abandonó la tierra pero los cañaverales quedaron ahí.

Cuando el penal era un noviciado

Ricardo - Yo entro a la Compañía de Jesús (jesuitas) en el año 1960 y estoy en el noviciado por lo tanto en los años 1960 y 1961. Los jesuitas tuvieron el noviciado hasta el año 1959 en la Comunidad Manresa, en Larrañaga y Caiguá. La Compañía de Jesús adquiere una construcción que estaba a medio construir y la termina, adaptándola a lo que iba a ser el noviciado, con un determinado formato de residencia, con dormitorios, bibliotecas, sitios de trabajo y carpintería y grandes áreas de estudio, de reunión, propio de una comunidad del orden de 25 personas.

Lo terminamos de construir. Cuando digo esto significa que lo ponemos en condiciones mínimas de ser habitado. En el 59 vienen los primeros, la primera generación, la de Yolo Mosca, Perico Pérez Aguirre, Román Lezama, Eduardo Rodríguez, Roberto García, Jorge Crovara y otros. Yo entro al año siguiente, pero durante dos años y medio, y con los que siguen después de mí, lo terminamos de construir con nuestras manos. Y eso es muy fuerte, porque yo terminé de construir con mis manos ese edificio. Hice los pisos. Terminé las paredes. Terminé de poner el parqué, terminé de poner pisos, terminé de embaldosar, pinté, después construimos un galpón a 40 metros del edificio, al fondo, donde estaba el motor de la luz, un lavadero. Eso los novicios lo construimos desde los cimientos, con nuestras manos. Y terminamos de construir una cosa que estaba en la punta del terreno, donde vivía el cuidador del campo y donde había conejeras, y una cantidad de cosas.

Y bueno, durante esos dos años trabajamos en el campo y cosechamos tomates, y montones de cosas. Y sacamos toda una cantidad de cañas que había en la parte de atrás. O sea que ese campo me lo conozco todo como la palma de mi mano. Y el edificio también, porque lo terminé de construir yo. Entonces para mi fue un shock muy fuerte el hecho de que eso fuera dedicado a cárcel.... para mi fue una especie de violación.

El edificio tiene forma de Y griega. Por qué, no lo sé. Recuerdo que conversábamos entre nosotros que era interesante que ningún ala le hiciera sombra a la otra. Además, todo el mundo se ve con todo el mundo, es una edificación más o menos abierta. La capilla se la pensó especialmente en una de las patas de la Y griega, en la punta. La terminamos de construir nosotros y el altar de esa capilla fue consagrado por el obispo.

La construcción fue pensada bien funcional, dentro de la sobriedad, habitable. Por lo tanto, paredes de blanco, baldosas. El embaldosado lo hicimos en el segundo año, por lo tanto yo gasté unas 38 escobas barriendo cemento. El mármol de la capilla fue puesto en el segundo año, mármol uruguayo de las canteras de Minas. Cuando yo entré, el parquet ya estaba. Probablemente lo habían puesto los de la generación anterior, porque fue de lo primero que se puso.

En el piso de arriba estaban los dormitorios y las piezas de trabajo y abajo estaba la cocina, donde el pasto se metía por la ventana. El hermano que cocinaba abría la ventana, agarraba hinojo y lo metía en la olla de la sopa.

Estudiábamos, pero también construíamos el edificio, trabajábamos el campo, fabricábamos el galpón, íbamos a trabajar en la zona a construir casas de los vecinos. Si alguien estaba construyendo su casa, entonces allá íbamos y hacíamos la planchada todos juntos. Era una cosa muy linda. Eso nos vinculó mucho con el barrio, y por eso le tengo mucho cariño. Debo haber ayudado a construir 6 o 7 casas. En Camino Cardona y Oncativo, entrando por atrás, hay una casa que ayudé a construirla yo, eso es seguro.

La zona era de una tremenda amplitud. En aquella época era todo campo hasta el camino de entrada, que quedaba como a un kilómetro. Campos trabajados algunos de ellos, pero campo, campo. En la parte de adelante no había casas, sólo dos o tres chacritas. Por lo tanto, subías a la azotea, mirabas y veías todo campo y allá a lo lejos estaba el camino de la entrada. Es decir, camino Punta de Rieles. Plantamos los primeros pinos alrededor del edificio y en el camino de entrada.

Las presas mirando al barrio

Testimonios de Beatriz Benzano, María Eugenia Cabrera, Graciela Nario, Graciela Souza, Anahit Aharonian, Cristina Fynn, Sonia Mosquera.

SoniaMosquera

La inauguración del Penal fue el 16 de enero de 1973. En ese momento las mujeres estábamos distribuidas en los distintos cuarteles y no sabíamos a qué lugar nos destinarían, si bien se manejaba que podíamos ir a Punta de Rieles. Yo estaba en el cuartel del kilómetro 14 y nos avisaron que aprontáramos las cosas. Nos subieron a un camión y si bien nos sacaron vendadas, en la mitad del camino nos quitamos las vendas porque no había con nosotras ningún guardia.

Llegamos a Punta de Rieles. Fue muy impresionante el hecho de que fuera un edificio aislado en el medio del campo. Estaba flanqueado por torres de vigilancia, había militares armados y estaba rodeado de tejido.

Bajamos del camión. Recuerdo dos oficiales que estaban allí: Queirolo, que era el jefe de la región número 1 y el teniente coronel Albornoz. Los dos eran muy altos, muy grandes y tenían botas de caballería. Nos formaron en lo que después pasó a ser el patio del recreo, un lugar de tierra sin baldosas. A partir de esa formación fuimos pasando, a medida que nos nombraban, a los lugares de reclusión. Después nos enteramos que esa operación se llamó Operación Charrúa. Fuimos 175 mujeres las que inauguramos el Penal.

BeatrizBenzano

Yo estuve en la primera época del penal. Lo inauguramos el 16 de enero de 1973. Una de las cosas más duras ahí fue sentir que estábamos en las manos de los milicos, totalmente inermes, indefensas, que ellos podían hacer lo que querían, que no se informaba a la familia. Muchas pasamos meses y meses sin que la familia supiera donde estábamos. Nos sentíamos como totalmente fuera de la realidad, del mundo. En ese entonces no teníamos idea de que hubiera un barrio cerca que supiera que estábamos ahí y que de alguna manera se sintiera solidario con nosotras. Parece que otras compañeras más tarde lo supieron, y lo sintieron. Creo que si eso nos hubiera llegado nos habría ayudado mucho.

Creo que uno de los logros de ellos fue que nos metieron miedo a todos; no sólo a las que caímos presas sino a toda la población. Pero ahora nos enteramos de todo lo que pasó en el barrio y entonces queda demostrado que también junto al miedo, a la sensación de que no se podía hacer nada, de que era difícil hacer algo, sí se pudo. Las mujeres afuera, las mujeres adentro.

Graciela Souza

Llegar al Penal de Punta de Rieles después de permanecer incomunicada y encapuchada durante meses, en diferentes cuarteles, producía una sensación de alivio, de esperanza vital. Allí teníamos comodidades y permisos que comparados con los de la incomunicación cuartelera eran lujos. Pero sin duda, lo que más se destacaba era la posibilidad de ver a lo lejos, tan lejos como lo permitiera el horizonte. Después de la capucha y el calabozo, la visión del campo abierto era un regalo de los dioses, vivido como una experiencia de libertad.

Por supuesto que la sensación de Purgatorio comenzaba muy pronto a desmoronarse debido a una lista interminable de prohibiciones, sanciones, castigos en calabozo o sin visita, más la vigilancia constante de las milicas con sus gritos irritantes; pero nada empañaba el placer de las vistas: los paisajes del entorno. Por supuesto que "nada" también tuvo su momento, porque a medida que la dictadura crecía en años, aumentaban las tapias para las vistas. Mamparas de color (verde) detrás de los vidrios o el amurallado del patio del recreo.

Pero cuando las cosas se pusieron así y más feas aún, yo ya no estaba. Me lo contaron.

Por razones de seguridad los milicos habían cortado todos los árboles del entorno y como además el Penal está construido en una zona elevada, entonces el horizonte se extendía lejos.

Yo vivía en el primer piso, en lo que había sido una capilla, con ventanas bien largas. Mi mirador era la cama de arriba de la cucheta, donde tenía una visión más amplia aún. Si bien teníamos prohibido mirar, desde allí podía ver más lejos que desde la quinta o desde el patio del recreo, y lo mejor: los aviones en la pista de Carrasco y el sol, recién amanecido. Esta panorámica se cotizaba mucho, por lo que las de la pared Este nos hacíamos las

interesantes antes de prestar nuestro mirador exclusivo. Tendría que aclarar que en realidad los aviones se veían tan chiquitos que algunas no los veían. Los adivinábamos más bien por la cola y el brillo de la chapa. Pero los aviones son los aviones. Es decir, vuelan como los pájaros y por lo tanto se van lejos, se escapan. En este punto alguien puede pensar que estar preso y ver los aviones, puede ser deprimente, pero a nosotras no solamente nos gustaba sino que también nos levantaba el ánimo. Indicaba, además, un lugar conocido, cuando estábamos en una zona que para muchas era casi desconocida. El paisaje circundante no ofrecía ningún punto que me fuera familiar, salvo éste de los aviones. A la vez, esta referencia me despistaba más porque no podía imaginarme en las cercanías de Camino Maldonado y al costado del Aeropuerto de Carrasco. Ignorancias de la geografía del Departamento.

No veíamos la salida del sol porque a esa hora estábamos en el patio, en formación de bandera, pero si no nos demoraban, al volver al sector podíamos verlo todavía apoyado sobre la línea del horizonte, a veces una bola naranja, otras roja (anunciando tormenta). Un espectáculo único y siempre diferente. Las más románticas lo contemplaban extasiadas y nunca faltaba la que pinchaba el momento diciendo con ironía: "el sol rojo de Mao, ya está cerca".

No veíamos viviendas cercanas o vecinos ya que el predio del Penal era bastante grande. Solamente distinguíamos hacia el Oeste una línea muy iluminada en la noche, donde sabíamos que estaba Camino Maldonado.

Desde el patio del recreo veíamos la quinta, el camino interno de acceso y muy a lo lejos, un fragmento del "Camino a Punta de Rieles", como le decíamos nosotras. Todo este paisaje estaba atravesado en "primer plano" por la doble alambrada y sus torretas, que le hacían perder todo el encanto.

La única vez que sentí la presencia de vecinos, fue cuando estuve sancionada en calabozo. Los calabozos estaban en los fondos del predio, a unos pocos metros de un camino vecinal. La banderola de mi celda daba para ese camino justamente. Si me paraba en la parrilla podía vichar para afuera, y me dediqué a inspeccionar el entorno. Entonces pude distinguir algunas personas caminando detrás de un pastizal bastante alto y otras en bicicleta. Recuerdo especialmente el chirrido repetitivo de la rueda de una bicicleta y el sonido de alguna voz. Creo que reinaba mucho silencio en la zona, por eso los escuchaba, lo que me los hizo sentir más cerca aún, porque en realidad no distinguía sus rostros. Sin embargo, esta proximidad me produjo una sen-

sación de aislamiento mayor. Fue la única vez que recuerdo que presté atención a ese mundo ahí afuera y pensé "pasan por ahí, ¿sabrán que atrás de esta ventana hay alguien vichándolos?".

María Eugenia Cabrera

Nosotras veíamos el barrio por el agujerito de la mampara que tapiaba la ventana. Como yo estaba en un sector de los que daban al frente, veía la zona del barrio y el campanario. ¡Qué importante era para nosotras ver algún civil pasar por el camino! Y por ahí teníamos suerte y veíamos algún niño. Pensábamos "¿esa gente sabrá que estamos acá? ¿qué pensarán? ¿que pasará por la cabeza de esta gente ver todo este despliegue? ¿quiénes pensarán que somos las que estamos acá adentro?" Para nosotras los vecinos formaban parte del mundo normal, por así decirlo. Entonces, verlos de vez en cuando, ver a veces, muy pocas veces, algún carro, era importante. Cuando en las fiestas de fin de año veíamos las bengalas nos preguntábamos ¿las tirarán para nosotras?

Graciela Nario

Lo que recuerdo de eso fue que no sé en qué fin de año nos pusimos a mirar por la ventana de la celda y vimos unos fuegos artificiales diferentes, una luz tipo bengala que se deshacía en muchas estrellas rojas. Pensamos que estaban dirigidos a nosotras, que era la gente del barrio que de alguna forma se comunicaba. Y entonces la locura y la felicidad de esa noche fue mirar las luces. Y de pronto una compañera empezó a tocar la guitarra y todo el penal arrancó a cantar.

Cristina Fynn

Aquellas voces, de la resistencia del barrio, tienen hoy rostros, nombres, historias. Los fuegos artificiales, que oíamos en las Navidades, identifican las manos adultas y los sueños heredados a los niños de entonces. Los jóvenes de hoy, resultan ser los chiquilines que en aquellos años se vistieron de escolares en un verano, para recibir y abrazar con una flor en sus manos, a una maestra compañera. Las viviendas de COVITREMA se levantaron ladrillo a ladrillo, entre el miedo y el coraje por vencer al enemigo.

No imaginaba ese 5 de enero de 1985, lo que estaba por venir. La resistencia de afuera y de adentro de la cárcel eran dos hermanas corriendo furiosas por ganarle a la noche oscura. Sin saberlo, sólo con las certezas de la historia, pudimos ganarle a la dictadura.

Las ventanas del penal tapiadas con mamparas, que hemos ido rompiendo de a poco, venciendo el aislamiento. Todo un paciente operativo vigilante para que no nos viera la guardia, calentar la punta de un cuchillo, para vencer el duro acrílico. Sobre la ventana del baño, que nos comunicaba con el recreo y la entrada de los familiares que accedían al locutorio de la visita, nos apoyamos con fuerza un grupo de compañeras y logramos tirar la mampara. Un acto de liberación, volaban por el aire las planchas de acrílico que habían hecho de contención para que no nos comunicáramos. No olvidaré la cara de sorpresa del milico armado que estaba en la torre. A veces siento escalofrío, pensando, que en ese momento podía haber tirado con su fusil.

Inmediatamente, entraron en el sector las milicas y desalojaron las dos celdas que daban para el recreo y las clausuraron. Las compañeras trasladaron sus pertenencias hacia las otras dos celdas que daban hacia los calabozos.

A las cinco de la tarde tengo visita con mi familia, denuncio el simulacro de libertad que me habían hecho el día anterior

A las dos horas de ver a mi familia me entregan el paquete quincenal, me hacen contar una a una las frutas que recibo. Cuando termino, me ordenan que prepare mis pertenencias para irme. Abrazos, llanto, emoción, impotencia por las compañeras que quedan aún detrás de las rejas. A empujones me llevan a la planta baja, mientras estallan las voces de las compañeras de los distintos sectores. Me abrazan los acordes de la Oda de la Alegría, del Cielito de los Tupamaros, de la Varsoviana, del Gallo Rojo. Me suben a una camioneta, me bajan en la barrera, me encierran en una habitación oscura. Primer acto de liberación, me saco la chaqueta del uniforme con el número y el bolsillo de color que identifica el sector. Me dicen que mi padre me ha venido a buscar, sé que es imposible, pienso en un nuevo engaño perverso. Me traen un pantalón masculino, me niego a ponérmelo, una de las milicas se me acerca y me dice que mi hermano está esperándome y que no trajo mi ropa de civil, porque la tiene mi hermana. Esto me parece más coherente, me pongo el pantalón, me entregan mis pertenencias en un cajón azul de madera, que preservé no se cómo durante muchos años. Mi hermano Fer-

nando me grita desde el portón con desesperación, ¡salí!, salí!!. Nos abrazamos con una emoción que nos parte el corazón; cuando logro mirarlo me doy cuenta que dé la cintura para abajo, tiene puesto un rebozo de telar que le había hecho para su primer hija, Estefanía, que aún no conocía. Una vez más la solidaridad de mi hermano, se había sacado su pantalón para que yo pudiera salir en libertad. A pocos metros estaba parado el auto de su suegro. Subimos y abracé después de 7 años a una bebé. El auto avanzó rodeado de milicos armados. A un kilómetro me encontré con los cantos de mucha gente. Me esperaban amigos, vecinos, mi familia y detrás de una gran bandera del FA, los vecinos de COVITREMA.

Cambiamos de auto. En la camioneta de mi cuñado me pongo el pantalón que me trajeron mis queridas y solidarias hermanas. Tomamos Camino Maldonado y la camioneta paró en COVINE 5, y allí en aquel terreno que en 1977 se construían los cimientos, y en esa cooperativa en la que había dado mis primeros pasos profesionales, estaban levantadas las viviendas. Nuevamente la emoción, vivía de impacto en impacto, pero yo estaba ansiosa por llegar al encuentro con mis viejos queridos, para poder mirarlos de frente y saber que adentro mío todo estaba en su lugar.

No recuerdo hoy todos los sentimientos que se me atravesaron; sí una sensación profunda, honda, de que me encontraba nuevamente con los míos, con los viejos afectos, esos de toda la vida, pero también con los que estaban dentro mío y que iban a formar parte de mis próximos años sin que lo supiera.

Anahit Aharonian

Mientras afuera se daba la apertura, adentro estábamos pendientes de todo y también nosotras íbamos ganando espacios. Aunque el color rojo estaba prohibido, igual armábamos banderas del Frente. Queríamos que los vecinos supieran de nosotras y entonces nos subíamos al water para sacarlas por las banderolas del baño. Ya al final -1984, 1985- cuando las milicas venían a tratar de impedir que nos comunicáramos, se nos pegaban, pero con nuestra actitud les decíamos " correte un poco que estoy vichando" .

Me gustaría leer unos fragmentos de la Bitácora[4] - " 2 de enero de 1985: Llegaron a buscarla. Viene un camión lleno de banderas rojas, vienen unas 30 personas, banderas del Frente Amplio y banderas rojas. Se va la doctora [del Penal, que hacía la revisación], suponemos que se va la compañera. Tratamos de quedarnos vichando por las banderolas y sacar las banderas. Reconocemos una bandera del PC, una de la IDI, una de Democracia Avanzada. En tanto las primeras banderas comienzan su marcha hacia la compañera liberada nosotras acompañamos con 'Por montañas y praderas' ¡Qué pueblo compañeros! Salen Bea abrazada con Nelson y Rosana. Cantamos la Internacional y saludan, saludan. La transmisión de las compañeras que defienden el baño es así: Las gurisas más chicas vienen adelante, con una bandera del FA, se abrazan con Bea, después viene una bandera del PC, después una de Democracia Avanzada y después una multitud con todas las banderas del FA. Todo esto con voz entrecortada como un relator con megáfono. Llega a la barrera una señora que puede ser Isabel. La camioneta del establecimiento da vueltas (ya lo hizo otra vez), alrededor de la multitud que recibe a Beatriz con banderas, tratando de dispersarla. Cada vez que la camioneta del Batallón Florida se metía entre la multitud nosotras gritábamos " El pueblo unido jamás será vencido" . Se fue el camión con las banderas, quedan dos autos con banderas del FA y la camioneta quedó, la verde, apostada en la loma. Se fueron los autos, son las 16 y 20. Qué linda salida. Salud a todas las banderas."

" 5 de enero: Amanecemos a rigor, ¡otra vez más! María Elia y Anahit de fajineras, nombradas. Al ratito cinco sanciones con pérdida de tres visitas a las compañeras que ocuparon el baño el día que se fue Bea y avanzaron todas las banderas. ¿A quién le costará más todo esto?"

4 En los últimos tiempos, desde fines de 1984 hasta la salida, las presas de Punta de Rieles fueron registrando en un diario todo lo que iba ocurriendo. Se le puso el nombre de Bitácora.

Primera asamblea en Covitrema, 25 de octubre de 2003.

Marisa Lindner, Cristina Soria, Miriam González.

Heberley Borges.

En primera fila, Gabriela Gómez y Natalia Magnone, atrás, Ana María Mendy, Adrián Fort y Teresa Umpiérrez.

Nélida Reyes.

Mary Álvarez, Cristina Soria.

Gladys Ferrúa.

Chelo Vera, Susana Arniz, Claire Niset, Alicia Chiesa, Gabriela Gómez, Raquel Núñez, Walkiria Rocha y Tereza Umpiérrez.

Entre otros: Laura Benavídez, Óscar Antúnez, Pedro Carrasco, Quintina Silva, Roxicler Mastandrea y Graciela Benítez

Murga de jóvenes "Vale 4".

Adriana Borges

Ana María González recuerda.

Manuel, Gaspar y Horacio Reboledo.

Ana Aguilar, María Eugenia Cabrera, Elsa Pintos, Sonia Risso, Lía Maciel, Ana Amorós y Graciela Rodríguez.

Beatriz Benzano.

Graciela Baritussio y sus hijas Evelina y Tania.

De pie: Rosario Caticha, Mónica Pi, Anahit Aharonian. Sentadas: Raquel Núñez, Marisa Lindner, Graciela Nario y Carmen Pereira.

Rosario Caticha, Anahit Aharonian, Carmen Pereira, Graciela Nario, Raquel Núñez y Ricardo Percovich.

Penal de Punta de Rieles en la actualidad.

Penal de Punta de Rieles durante la dictadura.

El camino de los familiares

Testimonios de María Pereira, Gladys Mutter, Mariela Barbosa, Aída Benítez, Marta Garibaldi, Charo Rosadilla.

María Pereira

Mi madre estaba radiante el día de su cumpleaños con la noticia que Carmen le diera, sin saber que era la última vez en varios años que vería a su hija.

Mi hermana se casaría en noviembre y estaba feliz, muy feliz, tanto, que en una carta me decía: "camino por las calles como entre nubes". A los pocos días de ella haber estado en Paysandú me llega otra carta muy distinta. Era el llamado urgente de una sobrina para que viniera a Montevideo. Llegué al otro día, ignorando con lo que me encontraría. Al enterarme de que Carmen había sido detenida, comencé la peregrinación junto a una amiga que aparte de acompañarme me daba cobijo en su casa. Su familia era mi familia, nos conocíamos desde jovencitas, de hecho mi hermana vivió muchos años con ella. Fuimos a cuarteles, oficinas, la tristemente famosa Esmaco y hasta a la Nunciatura. Nadie sabía nada, nadie me daba datos. Conocí al que sería mi cuñado y su familia. Su hermana y él mismo, sin pensar en los riesgos, se encontraban conmigo cada vez que yo venía. Pasaba el tiempo y nada.

A los cinco meses recibí una carta diciéndome que estaba en Prefectura, nunca supe quien me la había enviado. ¡Por fin había aparecido, tenía una prueba que estaba viva! Pero aún así, oficialmente, nadie la tenía, estaba desaparecida. Cuando supe que estaba en Prefectura, aconsejada por familiares fui al cuartel del Prado, al que iban todos los que tenían familiares presos y desconocían su paradero. El marino que atendía me miró con cara de susto, pues somos gemelas, pero siguieron negando su detención.

Mi amiga continuó llevando ropas a ese lugar semanalmente, sin importarle la negativa de recibirla, hasta que un día se la aceptaron, admitiendo que estaba viva y presa en Prefectura. Comenzamos a escribirnos, pero ella lo hacía como si nada pasara, así durante varios meses. Recién en mayo del 76 tuvimos la primera visita en Prefectura, pese a todas las veces que habíamos ido a pedirla. La vi entera, fuerte, consolándome a mí que no podía calmarme, y en vez de llevarle mi apoyo, le llevé mi dolor.

Después nos enteraríamos que durante todo ese tiempo fue torturada en diversos lugares, y claro, hasta que no estuvo "visible y presentable" no me permitieron verla.

Han pasado los años y no puedo superar lo vivido. Cuando veo a esas mujeres que retornaron del infierno, las envidio y las admiro cada vez más. Están tan enteras, tan llenas de vida y de ánimo para continuar su lucha...

Yo que estuve "libre", sí, "libre" entre comillas, me veo llegando desde mi pueblo con el alma encogida por la desesperación de no saber con lo que me encontraría. Mi hermana torturada, enferma o castigada. Su cara de dolor tras las rejas de Prefectura y luego del FUSNA no me abandonará jamás. Su cara fingiendo tranquilidad para no causarme más dolor, su sonrisa, su darme el ánimo que yo no tenía.

Fue muy duro para los familiares, aunque charlábamos antes de la visita como si no estuviéramos en esos tristes lugares, contándonos de las personas que se acercaban a nosotros a preguntar por ellas, para ayudarnos en todo, aunque ni siquiera sabían de quiénes se trataba. Recibíamos la solidaridad de amigos, conocidos y hasta de desconocidos que al hablar con nosotras se sentían tocados por la situación y nos tendían una mano. Personalmente, conté con el cariño y la solidaridad sin límites de muchísimos amigos, algunos que ya no están y para los que tengo siempre un agradecido recuerdo. Gente que me ayudaba económicamente, llevando algo para la bolsa o simplemente acompañándome a Prefectura o al FUSNA.

Nunca supe por mi hermana el verdadero infierno que estaba viviendo, hasta que al trasladarla al Puerto un Oficial me dijo –"A Carmen la trajeron aquí a morir". Se me cayó el cielo encima y creo que allí empezó mi rebeldía y se acentuó mi impotencia.

Punta de Rieles fue otra cosa. Nos bajábamos del ómnibus con nuestras bolsas blancas, orgullo para mí porque era el distintivo de los familiares que íbamos a la visita. Caminábamos el largo trayecto que nos llevaba al Penal. Algunas veces las veíamos afuera, junto a las barracas, vestidas de gris con su cabello corto, disfrutando del sol y mirando aunque desde lejos la gente que llegaba.

Al ir acercándome me invadían siempre mil temores, angustia y aquella ansiedad tremenda de verla. ¡Qué dolor cuando me decían "está sancionada"! Con el alma dolorida y una rabia sorda que me acompañaría por días volvía a mi casa, miraba a mi madre y tenía que decirle "hoy no la vi".

En una visita me anunciaron que estaría sancionada por un tiempo, sin precisarlo. ¿Cómo entender que debía estar sin verla, sin saber nada? Luego de dos meses en los que hablé al penal telefónicamente a diario y siempre me contestaban que estaba sancionada, decidí presentarme en el penal. Pedí para hablar con el Director. Esperé varias horas que me recibieran para ver pasar a varias presas, entre ellas a María, que me regaló una sonrisa. Ninguno de los dos con quienes hablé me dijo la verdad, que todo ese tiempo lo había pasado en un calabozo de aislamiento. El día que tuve que decirle a mi hermana que su compañero había caído fue el examen más difícil que rendí en mi vida.

¡Había tantas cosas que yo no entendía! Creo que aún hoy no las entiendo. No me cabe en la cabeza que "seres humanos" que llamaría inhumanos hayan sido capaces de tanta maldad, de ensañarse con mujeres y hombres hasta olvidar su propia condición de hombres y convertirse en terribles bestias. Tengo un sin fin de cosas en mi corazón, en su mayoría tristes, pero en un rincón anida la alegría del día que me dijo que había firmado la libertad.

El día que fuimos a buscarla nos acompañaba un niño al que ella quería mucho. Al verla aparecer por el camino se largó a llorar. Sus lágrimas inocentes y amorosas fueron un baño de alegría para mi alma, pero no puedo olvidar nada, por eso no puedo ni podré nunca superar lo vivido.

Gladys Mutter

Días pasados, viajando con mi hija hacia el este, por Camino Maldonado, pasamos por Punta de Rieles, frente a lo que fue un penal de amargo recuerdo.

Parodiando una canción muy criolla diré: "Caminito que el tiempo ha borrado, que juntos un día nos viste pasar..."

Tantos años que vuelan en un minuto me llevaron al recuerdo del recorrido que hacíamos por ese camino para ver por unos minutos a nuestra hija, y de las tantas personas en la misma situación, con las que compartimos ese camino y ese momento.

Los ratos pasados valieron el conocer y valorar a tanta gente de gran fortaleza anímica, que se la transmitía a sus hijas –aunque mejor diré que era un ida y vuelta.

La vida no siempre es un remolino que sumerge y ahoga. Sufrieron y nosotros también por tantos que se fueron, o los fueron, a un mundo desconocido para unos o imaginado para otros. Fueron hechos que lastimaron el alma.

Pero no siempre la muerte gana, y aquéllos a quienes queremos viven en nosotros. Por otro lado, felizmente la vida siempre se renueva y sueña con mariposas. Nuestra hija se multiplicó anidando en su vida dos hijos y tomando el timón con tino y amor. Siempre recreando afectos y unida a sus queridas compañeras de cautiverio y de trabajo.

Volviendo al comienzo. El camino que el tiempo ha borrado ahora lo he cubierto imaginariamente con macachines y margaritas rojas, amarillas, violetas. También Punta de Rieles se ha renovado en cantidad de alegres casitas y comercios, derrumbando lo que ayer fue una penosa historia.

En ese mismo escenario, tantos años atrás, para llegar al penal íbamos desde Camino Maldonado hasta cruzar una portera. Desde ahí avanzábamos por un camino que orillaba un campo en el que se veían caballos, vacas, un asno y corderitos. Ya próximo al convento convertido en penal había una huerta que la trabajaban las detenidas. Alejado de todo esto llegábamos a un salón grande donde se depositaban los comestibles y artículos de higiene. Después de revisarnos, pasábamos a ver a nuestras hijas, con la alegría de vernos y la tristeza de dejarlas.

Mariela Barbosa

Volví del exilio en Brasil hacia fines de noviembre de 1984. Aldo y mi pequeño Fabricio me acompañaban. A veinte años, muchas imágenes se borraron. El tiempo mismo hace su trabajo; aquello de que la vejez no viene sola no es un cuento y por supuesto vaya a saber qué inexplicables mecanismos inconscientes hacen desaparecer las huellas en nuestro cerebro. Pero bien vale el intento recordar.

Era verano. Recuerdo incluso que llegué a votar en las elecciones que consolidarían la salida de la dictadura. Mi hermana Ani estaba presa en el penal de Punta de Rieles, penal que fuera mi morada también por un tiempo.

A pesar de que la suerte estaba echada para la dictadura, no todo parecía claro, sobre todo para quienes vivimos de cerca la persecución, la cárcel, el exilio.

La necesidad de visitarla al penal estaba planteada. ¡Cuántos años sin vernos!

Luego de algunas consultas se concretó la visita.

Era un día claro. Los lugares se acercaban a los recuerdos. Camino Maldonado, tantas veces transitado en mi vida. A la derecha, un camino, y ahí se confunden las imágenes. Pero todo aparece claro al ver la portera de entrada y más lejos un edificio rojo conocido por fuera y por dentro.

En la guardia donde revisaban a los familiares ya hubo algunas miradas extrañas. Alguien me había reconocido, aunque no recuerdo que fueran caras conocidas. El color azul de mi pollera recorrió como pólvora los cien o ciento cincuenta metros que separan la entrada del edificio central. En ese momento mi oído era más útil que ahora. Entre cuchicheos oía: –"La de pollera azul estuvo aquí".

Una vez pasada la revista nuestra, emprendimos la caminata por el camino central. Debo haber mirado los muritos que sostenían los tejidos. ¡Ocho meses haciendo ese trabajo! Y mientras pisoteaba el camino pensaba en las compañeras que apisonaban el pedregullo, empujando enormes rodillos de cemento.

A pocos metros del tejido que rodea el edificio central, doblamos a la derecha. Una confusión de gritos nombrándome salían de las ventanas de los diferentes pisos que daban a la cancha de voleibol. Hoy recuerdo claramente la voz gruesa inconfundible de Alicia. En ese entonces no la conocía pero la vida afuera nos llevaría a encontrarnos.

Algarabía, alegría. Expresiones de un período que se venía derrumbando. Pero para mí fue la sorpresa, lo extraño, la antítesis. Cuando salí del penal –fines de 1978– algo así nos hubiera costado meses en el calabozo.

Aprovechando aquel aprendizaje de "mirar de costado" sin que te descubrieran, de hacer de los segundos la vivencia eterna, miraba hacia el edificio intentando descubrir caras, gestos, voces, antes de adentrarme en el local para visitas. Ya no era en el hall de pasaje de los sectores A, B y C (en mi época) del primer piso. Una moderna pero modesta construcción estaba instalada justo enfrente a la cancha donde algún verano teníamos gimnasia, lo cual costó unos cuantos desmayos a algunas compañeras.

No recuerdo detalles de la conversación con mi hermana. Pero sí divisaba, disimulando un poco, la figura de la "Pepe" que estaba encargada de la

guardia. Creo que la habían ascendido a sargento. A los años, ya en libertad y disfrutando de nuestras hermosas playas rochenses, me la encuentro vendiendo entradas en la Fortaleza de Santa Teresa. Pero esa es otra historia.

Aída Benítez

Cuando empecé a ir a Punta de Rieles, para mí fue un cambio muy grande comparado con el anterior lugar de reclusión en el que estaba mi cuñada. Acá era sometida a una revisación indecente, ultrajante diría. Soy consciente de que mi cuñada en el Penal estaba "mejor", podía tomar aire y sol, aunque fuera haciendo trabajos forzados.

Cuando iba a la visita también le llevaba a sus tres hijos, que al ser detenida ella y su compañero, quien aún está "desaparecido", quedaron a cargo de mi familia.

Eso hizo que pasáramos a tener 6 hijos de los cuales nos sentíamos igualmente responsables. Tratábamos de darles el cariño y apoyo que sus padres no podían darle. Para nosotros esa etapa fue muy triste, muy dura, pero nos hizo crecer como personas al saber que podíamos dar y recibir más de lo que nunca hubiéramos imaginado.

Para mí, esos 2 kms que me llevaban al Penal e hice tantas veces, eran interminables y quedaron en mi memoria como un triste camino.

El camino, que estaba dividido por un arroyito y un puente vetusto, transitaba por un barrio que me parecía sin gente. Con los niños jugábamos a ir pateando piedritas y mientras lo hacíamos pensaba ¿que sentirán los niños? De ellos nunca pude obtener un comentario.

Desde el lugar donde teníamos que esperarlos veíamos a las madres que los recibían, abrazaban y jugaban con ellos, en un campo dónde había animales. Los días de lluvia, el puente, que en realidad era un caño activado, se cubría totalmente de agua y teníamos que cruzarlo, mojándonos. Sólo en una ocasión una camioneta particular nos fue cruzando a todos los familiares.

Cuántas veces al subir la escalera para el locutorio pensé con alegría que iba encontrarme con otras compañeras que sólo conocía de verlas recibiendo la visita de sus familiares. Las nombro compañeras pues así las sentí y las seguiré sintiendo, a pesar de que en esa época no era militante, ni siquiera era de izquierda. Aún hoy las veo vestidas de gris, con sus pelos cortitos y sobre todo recuerdo la sonrisa ancha con que alguna recibía a su familiar.

Cuando mi cuñada salió un 25 de agosto de 1979, nadie nos avisó ni pidió ropa, como se hacía en cada salida. Al llegar a mi casa nos contó que alguien del lugar le dio dinero para el boleto. A pesar de ello tuvo que caminar desde 8 de Octubre hasta Carrasco. Pienso en la diferencia de esos dos caminos. Uno le traía sus hijos para la visita, el otro la llevaba a reunirse por fin con ellos.

Charo Rosadilla

Para ubicarnos en el barrio de Punta de Rieles de los años 70 lo dividiría en dos zonas: urbana y suburbana. La primera estaba sobre Camino Maldonado, con algunos comercios, carnicería, panadería, farmacia y un almacén grande, al frente la terminal de Amdet con un bar bastante grande que daba a la calle que nos llevaba rumbo al penal. No recuerdo el nombre de esa calle, pero sí que teníamos que caminar aproximadamente 2 kilómetros para llegar.

Las 2 primeras cuadras desde Camino Maldonado tenían asfalto, y ahí diría que se terminaba la zona urbana. Continuábamos por un camino de balastro, y en ese trayecto se veían 2 o 3 casas de tipo rural; a los costados yuyos y flores silvestres formaban parte del paisaje, una cañada y un árbol a mitad del camino era todo lo que había. Cabe destacar que los días de lluvia la cañada se desbordaba y el agua nos llegaba hasta arriba de los tobillos. En una época los milicos pusieron un ómnibus de los viejos de Amdet (por supuesto nos cobraban boleto); el conductor era milico -le decían «el canario»- y sólo podía trasladar a familiares de detenidas o a los milicos de tropa que tomaban la guardia o retornaban a sus casas. Unas seis cuadras antes de llegar al penal, a nuestra derecha, se encontraba cercado el predio con altísimos alambres y grandes carteles de «no detenerse zona militar». Desde ese lugar ya se visualizaba el edificio de ladrillos, el penal. A lo lejos las ventanitas parecían ojos que nos miraban ansiosos por nuestra llegada. Claro, era la mirada dulce de todas las compañeras que estaban allí dentro. Fueron épocas muy duras pero a cada una de ellas las recuerdo con mucho cariño. Desde muy pequeña me enseñaron que la vida es bella a pesar de los pesares.

Marta Garibaldi

La Barrera

La Barrera (así, con mayúscula) era un lugar silencioso. Lo que se oía eran comentarios espaciados, siempre en voz baja entre los familiares. Sin embargo no era un sitio de gente incomunicada, todo lo contrario. La comunicación venía por otro lado. Todos sabíamos de todos. De las familias, de cada preso y sus viscisitudes. Predominaba allí un sentimiento de solidaridad y complicidad.

Y después estaban los niños, de eso quiero hablar. Yo acompañaba casi siempre a mi cuñado a llevar a mis tres sobrinos a visitar a su madre. Ellos tenían 4, 5 y 6 años cuando empezaron a ir. No era sencillo para ellos ni para nosotros verlos salir rumbo al edificio del penal o volver con esas caritas tristonas y un poco sorprendidas después de separarse de sus madres.

Pero durante casi un año hubo un pequeño consuelo -no sé si para ellos, pero seguro que para todos los familiares de La Barrera-: Federico.

Tenía 4 años y desde que empezó a ir se resistió a que una "milica" lo llevara y sobre todo lo trajera de ver a su mamá. Hacía todo el recorrido -que no era corto- gritando y pegando a quien trataba de conducirlo. Esto irritaba sobremanera a las susodichas. Tanto que fue subiendo de grado quien venía a buscarlo. Primero una soldado, luego una cabo y por último una sargento. Ninguna pudo con él.

Nadie que no haya estado allí puede imaginarse las caras de satisfacción de todos los familiares a quienes les tocaba presenciar la escena. Se diría que se había transformado en una especie de pequeño "vengador". Y eran solamente miradas cómplices y ojos sonrientes los que intercambiábamos.

Pero claro, en esa época, aunque fueran pequeñas, las cosas buenas se acababan.

Un día una Sargento le dijo a él y a su madre que si no paraba de hacer escenas no tendría más visitas. Por supuesto que el Fede no era bobo y su madre habrá utilizado todas sus dotes de persuasión para convencerlo. Desde ese momento iba enfurruñado, pero tranquilo.

Lamentamos quedarnos sin esa pequeña satisfacción, pero mientras duró, valió.

Un taxista (despistado)

No sé por qué un día fui en ómnibus (o el viejo trolley 4) y me bajé en Camino Maldonado.

Era tarde, a pie no llegaba. Decidí tomarme un taxi. Lo paré y subí, dándole la indicación de adónde quería ir. Al llegar y antes de ni siquiera decirme lo que me había costado el viaje, se dio vuelta y me preguntó un poco desconcertado: -"¿Qué hay acá?" -"Un campo de concentración para mujeres" le contesté. Me miró con una cara de sorpresa y desconcierto indescriptibles y me dijo -"¿Pero acá hay campos de concentración?"

Luego vino la consabida explicación sobre el golpe de Estado y la dictadura, los presos, las torturas y que yo y otros dos de mis hermanos estaban, o habían estado presos por pensar distinto.

Me deseó suerte y se fue con su sorprendente "novedad", en pleno 1978.

Este sí que estaba por fuera.

Nuestro padre

Tenía -cuando hijos y yernos empezamos a caer presos- 68 años. Era un batllista al viejo estilo. No entendía lo que pasaba en su Uruguay. "Estos no se criaron en el mismo país que yo" decía," no fueron a las mismas escuelas y liceos", "¿de dónde salieron?", "este es otro país".

Pensaba distinto que nosotros en un montón de cosas, salvo en lo referido a las libertades.

Le tocó recorrer cuarteles, penales, regiones militares, todo, buscándonos o tratando de vernos; era además nuestro "abogado defensor". Claro, él sabía que en el terreno judicial no podía hacer nada, pero eran ocasiones que no perdía para vernos y que nosotros estuviéramos en contacto con él y por lo tanto con el exterior.

Tuve la oportunidad de verlo venir hacia el Penal cuando estaba adentro y luego irse cuando lo acompañaba a ver a mi hermana. Antes de arrancar se ponía debajo de la lengua dos o tres pastillas de Nitritos (tenia una insuficiencia cardiaca y si no lo hacía le venía un dolor muy fuerte en el pecho). A mitad de camino se daba dos bombazos de su inhalador para el asma.

Luego llegaba sonriente y se las arreglaba para transmitirnos alguna novedad política, en un lenguaje que habíamos aprendido a descifrar. Muchas veces pequeñeces, pero que eran rigurosamente transmitidas en el Sector y daban pie a miles de elucubraciones e hipótesis.

Nunca le vimos una mala cara, al contrario, se sentía hermanado con los otros familiares. Decía: "la mejor gente de este país está presa o en las puertas de los cuarteles y los Penales".

Lástima que no pudo ver el final que tanto ansiaba. Igual estuvo, está, y estará. En sus hijos, en sus nietos y ahora en sus bisnietos.

La memoria de los vecinos

Testimonios de Heberley Borges, Osoriolyn Vera (Chelo), Miriam González, Carlos Abreu, Gaspar y Horacio Reboledo, Ana María González, Manuel Reboledo, Alicia Morán, Walkiria Rocha, Mario González, Adriana Borges, Ana, Amalia Almeida, María Almeida, Oscar Antúnez, Nélida Reyes, y otros vecinos y vecinas.

Una isla en la tormenta: la cooperativa COVITREMA

Borges - Allá por los 69 - 70, un grupo de 20 o 30 compañeros comienza a reunirse en el Teatro Odeón y terminan fundando una cooperativa de vivienda por ayuda mutua que después llamamos Covitrema. La cooperativa estuvo asociada a Fucvam y eligió un barrio acorde al bolsillo de los compañeros, y así llegamos a esta zona de Punta de Rieles. En un principio la idea era tener un terreno que tenía vista a Camino Maldonado, cerca del Laboratorio Roche. Pero no se pudo y tuvimos que venirnos para este lado, hacia el Penal, donde está hoy.

Chelo - Covitrema está pegada al convento que da para la calle. Sufrió lo suyo, porque dos por tres nos hacían requisas. Venían a caballo, en jeep, entraban a las casas y hacían como una especie de censo: cuántos vivíamos, los horarios que teníamos, dónde trabajábamos, si teníamos locomoción, qué tipo de locomoción. Querían saber todo el movimiento de la cooperativa porque a los ojos del barrio éramos los tupas, éramos los bichos. Era verdad que éramos todos de izquierda, no había nadie que no fuera de izquierda. De igual manera, en Covitrema hubo compañeros y compañeras que siguieron clandestinos, pasaban dos o tres días en distintas casas.

Gaspar - En aquel momento los de la cooperativa éramos los únicos que hacíamos apagones, caceroleos y que hablábamos de política.

Carlos - Punta de Rieles en esos años no era ni cerca de lo que es ahora, desde el punto de vista geográfico, poblacional, organizativo y social. La primera experiencia barrial de vecinos organizados es Covitrema. El resto vivimos esa etapa acá en el barrio de modo inconsciente, cuando no indiferente. Debemos tener la valentía de decirlo. Me siento responsable por ser de esa generación y ser un vecino viejo. Tampoco tengo la autoridad para decir que esta es la visión que se puede tomar como definitiva. Es una opinión personal, es como yo lo percibía como ciudadano. Había solamente ac-

titudes de carácter personal, de las dos posibles: coincidentes con los vecinos de Covitrema o de adhesión a la dictadura. La inserción de Covitrema fue muy clara, porque empezó a largar señales a otros vecinos que buscábamos formas organizativas. Yo supongo que si hubiera habido un comportamiento como el de Covitrema seguramente la historia hubiera sido otra, no se cuál, pero otra, seguro. Las comisiones barriales o zonales que se formaban, lo hacían atrás de objetivos concretos como podía ser traer el ómnibus, el agua, o algún servicio, no más allá de eso. Por eso el comportamiento de los habitantes de la zona fue totalmente individual. Como lugares de socialización existían los almacenes, expendios de leche, pero principalmente los bares. Al lado del bar Aguirre, donde está la pañalera ahora, había un almacén que tuvo varias formas hasta que terminó siendo una especie de cambalache. Al dueño lo conocíamos como el Pocho o el Satélite, pero su nombre es Alfonso Ramos, fallecido. Un día me comentó que a veces algún familiar de alguna presa venía a traerle el surtido y tenía problemas porque estaba castigada, y entonces lo dejaban allí y él buscaba la forma de hacerlo llegar. Incluso en una parte del negocio tenía como un estantería donde estaban los bolsos de los familiares. Llegaban allí con todas las cargas y demás, dejaban allí sus bolsos y se ponían ropas livianas. De pronto se cambiaban de ropa porque a veces no las dejaban entrar de pantalones y tenían que ponerse polleras.

Gaspar - La mitad de nuestros padres estaban proscriptos y en el resto del barrio no podías hablar de las cosas que hablábamos adentro. El barrio siempre criticó a la cooperativa de ser medio ghetto y estar cerrada al barrio. La cooperativa estaba cerrada al barrio porque nos protegíamos. El barrio estaba lleno de milicos.

Adriana - La gente decía que era la cooperativa de los comunistas.

Gaspar - Es que era de izquierda. Por eso nos teníamos que cuidar del barrio.

Los que nos formamos acá de alguna manera esparcimos por todos lados ese aprendizaje de los valores de solidaridad, valores alternativos de todo punto de vista, que hacen a la cooperativa.

Chelo - Fue acá en Covitrema que se empezó a organizar el comité de base y la agrupación del Partido [Comunista]. Después nos fuimos acercando a los vecinos del barrio porque en aquel tiempo nos miraban con mala cara, no nos querían. Nos fuimos informando que fulano era del frente, y así se armó el primer comité de base del barrio, en una casa de la Cooperativa.

Miriam - Antes del 84 esta Cooperativa significó mucho para la resistencia de Punta de Rieles. Recuerdo que los fines de semana había actividades culturales y traían gente para cantar. Por la tarde ponían un equipo de amplificación enorme metido hacia lo que era la cárcel, para que las presas escucharan.

Ana María - En la cooperativa muchos padres estaban proscriptos, por lo que no podían venir a las asambleas y ser electos. Los que éramos jóvenes en esa época somos hijos de la dictadura, porque seguimos atados, en alguna parte tenemos un nudito que no nos deja todavía, y que no sé si nos va a dejar alguna vez. Yo creo que esta cooperativa, nuestros padres, fueron el ejemplo para nosotros porque por más que no se podía hablar siempre tomaron una actitud comprometida y tuvieron una actitud coherente con sus ideas acá adentro. La cooperativa fue un poco cerrada a veces para el barrio, pero bueno, creo a veces aunque acá mismo no se entienda la cooperativa fue una institución que nos transmitió los valores para poder pasarlos a mis hijos y para no olvidarse y estar claros, estar claros.

Más allá de Covitrema

Vecina - Yo vivo en las casas que están para allá, que dan para la cárcel. Para mí sigue siendo la cárcel. Me acuerdo que estábamos pendientes de las presas y las veíamos trabajar la tierra. Yo siempre saludaba a los aviones, porque el Aeropuerto también se veía en aquella época. Y así con esa excusa de saludar a los aviones, saludábamos para allá. No sé si nos veían pero salíamos a saludar a las presas que estaban trabajando. Lo otro es que mi hermana tuvo una amiga que al padre se lo llevaron preso de acá adentro de una casa. En ese entonces iba a la escuela. Mi hermana es del 79, así que con 5 años estaba en jardinera en plena dictadura. En la escuela pública Felipe Sanguinetti pintaba las casitas y una bandera del Frente y la bandera del Uruguay. Nunca nos dijeron nada y a mi madre nunca la llamaron.

Todos estos terrenos eran antes de los curas y se fueron vendiendo. El convento de monjas es de un grupo de gente que pertenece directamente a la Orden del Papa. Ellas reciben plata de Polonia y actualmente quedan dos monjitas, una que está inválida en una silla de ruedas y otra que es la madre superiora. Mi madre sabe bien; hoy contó que no podían venir pero que les mandaban decir a las compañeras que habían estado presas que desde siempre las tienen en sus oraciones, que todavía las tienen, y que la gente que

pasaba por ahí camino a la cárcel siempre paraba a buscar un vaso de agua y a veces ellas le daban comida.

Curiosidad y aventura: los gurises y el penal

Horacio - Nosotros en casa siempre nos pasábamos hablando del penal. Una vez que tenía un largavista nos fuimos arrimando cada vez más y más, siempre escondidos, y nos pusimos a mirar cómo las presas trabajaban la tierra en la quinta. En eso el guardia que estaba en la puerta nos vio, pero nosotros no nos dimos cuenta. Cuando quisimos acordar estaba parado atrás nuestro. Salimos disparados. Yo corría y me temblaba todo. ¡No sabés lo que fue! Pero siempre volvíamos, todo el tiempo. Poníamos de excusa ir a ver un ñandú que había ahí y aprovechábamos y mirábamos a las presas. Siempre nos echaban pero nosotros dejábamos hasta lo último, hasta que el tipo tenía que salir al otro lado del alambrado y echarnos. Entonces las veíamos, tenían un número con una túnica celeste. Yo era muy chico, tendría unos 12 años.

Gaspar - Con el Rafa –Rafael Correa, un gurí de 14 años, cantante, que salía en el carnaval con los Saltimbanqui– íbamos a cazar pajaritos con honda alrededor de la cárcel, siempre con la idea de tratar de ver a alguna de las presas. Para nosotros, niños, era medio como un tabú. Uno saludaba, una de ellas pasaba y nos saludaba, se daba vuelta y nos hacía un gesto con la mano.

Manuel - Yo las veía cuando iban a las hamacas, con los niños ¿no? Les llevaban los hijos y podían llevarlos a unas hamacas.

Alicia - Yo miraba a esas mujeres trabajando la tierra y me parecían como las mujeres que están en China recogiendo arroz. Las veía así.

Gaspar - … Y con el overol.

Horacio - ¿No eran túnicas con un número?

Manuel - Eran celestes. ¿No usaban a rayas también?

[En realidad el uniforme consistía en un pantalón y una chaqueta gris liso, con un número grande atrás y un número chico adelante, y un bolsillo de color que identificaba el sector al que se pertenecía.]

Walkiria - Hablando de los jóvenes, yo tengo dos hijos que ya son hombres pero se criaron acá, pasaron su adolescencia, su niñez. Uno de ellos escribió algo que si bien no es el tema puntual, tenía en su paisaje de vida de las presas. Dice así:

"Cuando la vida se estanca y suelta burbujas de tiempo putrefacto,
hay que remar, amiga
llegar muchas veces al centro de tu anillo
tu tibio anillo, tibio.
llegar muchas veces,
llegar muchas más veces al centro dorado, rojo, púrpura
al centro del rayo y volar sobre la tierra
sí, a través del centro de la tierra, desde el centro mismo del cielo,
sobre el caballo negro de la tormenta
salvaje y negro, y negro de tormenta
galopar el pecho de la tierra, el cuero de la noche, el cielo borracho
de los ángeles con arpas que escupen melodías como lluvias de fuego
irresistible, sonriente y salvajes.
Hay que remar amiga
porque estamos atravesando un lago de la muerte
un lago frío y apestoso como un cadáver.
Hay que remar, amiga
aún hay buenos sitios con gente amable
y en algún lugar del corazón atravesamos siete kilómetros de campo o más o menos
dos horas para ir y dos para volver, entre líneas negras y blancas
chacras, maizales y colinas amarillas, el monte de eucaliptos,
con caballos escondidos entre paredes en ruinas
y caballos muertos abandonados en el camino,
las caras desconfiadas de los chacreros y las otras peores de los uniformes.
La cárcel de las presas, los aviones pasando y los arroyos.
El sol quemando los brotes de las cañas y el bañado envenenado de espumas,
mierda tóxica y montañas de basura
y bandadas de pájaros escapando como en una visión de fin de mundo.
Era la hora en que los viejos salían a sentarse en la puerta.
De a ratos se veían caer estrellas.
Antes le titilaban desde el cielo.
Las niñas las acechaban para pedirle tres deseos.

Los viejos sentados en las puertas, el vaso de vino al costado, el resplandor del cigarro
y la muerte, rata y madre acariciándole los hombros.
El sol amarillo era un damasco,
el lechero era un fantasma en carreta, un fantasma borroso y dormido,
los grillos lo tenían habitado y eso lo mantenía indiferente a todo.
Mis niñas lo encontraron, estaba tieso con la boca entreabierta.
Mis rubiecitas lo encontraron, las avispas rondaban como tiburones de aire."

(Poema de Marco Tortarollo)

Desafíos

Gaspar - Una vez pasó un camión militar, lleno de militares. ¡y le gritamos y pararon!

Horacio - Muchas veces íbamos a bañarnos a una laguna que había del otro lado de la cárcel. Cuando volvíamos siempre tratábamos de molestar a los militares que estaban custodiando desde la torre. Les tirábamos piedras, les hacíamos de todo. Le tirábamos piedras al de la primera torre y después teníamos que pasar por la segunda y entonces se nos re-complicaba. Cuando llegábamos a la barrera estaban todos los botones parados ahí. ¡Ahhh¡ Y se juntaban mucho con el de la viña, eran muy amigos.

Gaspar - Una vez con el Rafa habíamos ido a cazar pajaritos, como tantas veces. Siempre que llegábamos al alambrado de la cárcel nos poníamos la bolsa en el cuello y caminábamos, porque no queríamos tener roce con los milicos que estaban en la puerta. En general cuando pasabas por la barrera a ellos ya no les gustaba y te miraban mal. Esa vez seguimos caminando y de repente el Rafa, con esa voz privilegiada de murguero que tenía, con la que siempre imitaba los cantos de los feriantes, grita: "¡Eh, milicos de mierda!". Lo oyeron desde Punta de Rieles. Cuando nos dimos vuelta nos estaban apuntando con el fusil. Los dos de la guardia nos estaban apuntando con el fusil. Seguimos caminando por la cuneta, metidos en el barro.... cagados hasta las patas. Y cuando llegamos al puente de abajo ¿qué se le ocurrió al Rafa? "Estos milicos no nos van a tirar" dijo, y les empezó a tirar piedras con la honda. Yo no me animé, honestamente.

Horacio - De gurises a veces íbamos a robar uvas al viñedo de Bruzzone, o a cazar. Una vez venía gente caminando; intuimos que era gente que iba a

llevar comida a las presas o a visitarlas. Me acuerdo que estabamos ahí y vimos que venía un tractor con la rastra. Alguien hizo dedo y el conductor paró y subió a esa gente que iba caminando con bolsos. Pero justo vino el dueño y le mandó decir que la bajara que no estaba para llevar gente y no sé cuanto. No nos olvidamos más.

Gaspar - Otro día nos metimos en la casa abandonada.

Horacio - Nos metimos en una casa, pero no fue en la casa abandonada. Cruzamos el arroyo, nos arrimamos –una tarde que aquello estaba lleno de barro– y nos pusimos a mirar con el largavistas. Me acuerdo que miraba al milico de la caseta que estaba custodiando y después miraba a las mujeres, las presas. Estaba frío ya, se veían trabajando y las entraban. Nos distrajimos, y cuando quise acordar tenía el milico al lado con el fusil y con el casco verde, ¡estaba salado! Nos apuntó con el fusil. Yo no podía hablar, quedé mudo. Dije, nunca más veo a mi padre, nunca más veo a mi madre. Voy a terminar preso. Después nos sacó el largavistas, se lo llevó, lo rompió, no sé. Nos echaron. No me olvido más.

El miedo

Gaspar - ¿El miedo? Ah! Yo tuve mucho miedo.

Ana María - En mi casa, por ejemplo, un día, porque puse un disco de Los Olimareños, me dijeron que ¡no! ¡No se puede escuchar! También había como cuarenta discos chiquitos que me encantaban porque eran chiquitos. Agarré uno y mi madre me dijo –"No lo pongas". Yo después igual lo escuché, y era el de "No nos moverán". Muchos años después, mirando la serial aquella que se llamaba Verano azul, cuando quiero acordar empiezan a cantar "No nos moverán". No lo podía creer, ¡qué estoy escuchando! Porque me encantaba y no ... no me podía mover y se me caían las lágrimas. No entendía lo que me estaba pasando, pero algo me estaba pasando porque estaban cantando "No nos moverán".

Gaspar - Con mi amigo Marquito, que tenía su papá exiliado en alguna parte y del cual no sabíamos absolutamente nada, nos sentábamos de tarde, agarrábamos libros y cosas que estaban medio prohibidas y las leíamos y discutíamos. Yo tendría once, doce años. Un día llegué a la conclusión de que me reivindicaba como batllista. ¡Qué terrible!

Adriana - Yo me acuerdo que era del wilsonismo.

Gaspar - Marco decía que era comunista. Entonces teníamos discusiones. Y yo no fui batllista, no soy, pero la cuestión era que discutíamos. Los adultos no hablaban de política. Así, una vez llegamos a la conclusión de que teníamos que pintar una hoz y un martillo en la subestación ¡qué relajo armamos!

Adriana - La subestación era nuestra.

Gaspar - Pintamos la hoz y el martillo en la subestación y fue el caos general en nuestros adultos porque lo querían borrar y no salía. Le pasaron no sé qué cosa y se preguntaban quién había sido el anormal que había hecho en plena dictadura una hoz y un martillo. Iban a terminar picando la pared ¿cómo lo sacaban?

Horacio - Revocaron todo. No salió hasta después de la dictadura.

Gaspar - Y nadie supo nada. Nosotros estábamos a favor. Yo creo que es la primera vez que lo estoy diciendo, para que tengan una idea de cómo se manejaba el miedo. De esa manera. Una vuelta yo con el Marco aprendí quién era el Che Guevara. Entonces un día mi padre me fue a buscar en la moto a la escuela, a Punta de Rieles. Yo venía atrás, diciendo "Che Guevara, Che Guevara, Che Guevara", haciendo el ruido de la moto y repitiendo Che Guevara, porque era algo que había hablado con Marco un par de días antes. Mi padre para la moto y me dice – "¿Qué estás diciendo? ¿Vos sabés quién era el Che Guevara?" – "Mirá, la verdad no tengo idea quién era el Che Guevara", le contesto. – "Bueno, tené cuidado, no podés andar repitiendo quién era el Che Guevara, porque están los milicos. Es peligroso decir esa palabra, es algo que no se puede comentar". "El Che Guevara", me dice mi padre, "era un mercenario". Y yo le digo – "Pero yo tenía entendido que el Che Guevara no era un mercenario". Y entonces me dice – "Bueno, no; era medio Robin Hood también". Entonces, el miedo era todo eso ¿viste? Lo que recordamos nosotros siendo adolescentes era la llegada de los militares a las casas a pedir documentación. Y ese tipo de cosas y ese nerviosismo que se vivía en el seno de la familia se podía percibir permanentemente.

Ana - Yo con el miedo tenía un tema que era que en mi casa no se hablaba. Mi tía había estado presa y mi madre no quería ni hablar de ella, porque se había quedado con la carga de hacerse cargo de la hija de mi tía, de nosotros y de la familia. Y todo tenía que seguir andando. Entonces en mi casa no se hablaba. Me acuerdo que mi padre y mi tía se habían peleado y no

se hablaron por muchos años. Pero cuando mi tía salió de la cárcel nunca los vi abrazarse y llorar tanto como esa vez. No me voy a olvidar. Habían estado furiosos, pero ese día no había rencor. Lamento en el alma que ella no pueda compartir ahora con nosotros estos recuerdos porque falleció hace un par de años.

Mi prima iba a ver a mi tía, que estaba en Cabildo –y eso era miedo, que mi prima fuera a la cárcel, que se quedara los fines de semana con mi tía y todo eso. Nosotros fuimos a visitar a mi tía alguna vez y nos cacheaban, éramos chicos –y eso era miedo también. Ver todos esos policías y esos milicos que te tocaban, que te cacheaban toda, que te miraban para ir a ver a la tía. Yo les tenía terror, les tenía terror por las cosas que se hablaban en casa y por saber que a mi tía lo tenían ellos, entonces para mi era horrible. No sabía ni qué pasaba, pero sabía que algo malo pasaba. Para nosotros eso era miedo, eso era miedo y no se podía hablar. Mi padre estuvo preso dos meses en el Cilindro, en una razzia gigante. Llevaron a mucha gente porque parece que era el cumpleaños de Seregni e hicieron asados en todos lados. Entonces hicieron una razzia general y terminaron todos en el Cilindro. Me acuerdo que lo fui a ver a papá y me dejaron pasar. Yo miraba todo eso desde arriba, todos esos hombres, todos laburantes, todos tirados en colchonetas en el suelo. Fue muy impresionante para mi. Yo era una chiquilina chiquita y el Cilindro era gigante para mí. Y me acuerdo que mi mamá me decía: "No podés hablar. En la escuela si te preguntan donde está tu padre tenés que decir que está internado". Mamá nunca me explicaba mucho porque capaz que ellos consideraban que si cuanto menos nos dijeran, menos íbamos a decir. Pero se ve que en ese momento tuvo la necesidad de decirme –"No vayas a hablar de esto".

Miriam - También estaba la impotencia del miedo. La impotencia de ver a los familiares llevando las bolsas. Yo no me voy a olvidar jamás de una imagen de un hombre mayor con dos bolsos y un niño que iba prendido del bolso. Entonces estaba la impotencia del miedo de sentirse vigilados, de no poder hacer nada para cambiar esa realidad, de sentir que en cierta forma éramos culpables de todo eso, por no intentar algo, por no cambiar. Punta de Rieles cambió de ser un barrio pacífico a tener una forma de vida en la que estábamos rodeados. Y lo sentimos, el miedo era constante. Cambió tanto la estructura del barrio que le teníamos miedo a todo el mundo. De las antiguas familias que había pasaron a vivir soldados con sus respectivas familias. Los cuarteles nos destruyeron el barrio, destruyeron la familia que había an-

tiguamente, porque al lado de nuestra casa había un torturador, del otro lado había gente del servicio de inteligencia. Nuestros hijos en la escuela se vinculaban también con los hijos de milicos represores. Mi hija era amiguísima de las hijas de Calacce, ese torturador después arrepentido. Así vivíamos. Fue muy duro, muy crítico para los que estábamos en Punta de Rieles.

Adriana - A mí me parece que de niños no sentíamos miedo. El miedo se fue metiendo a medida que fuimos creciendo, a medida que fueron pasando los años.

Miriam - Cuando se formó el comité de base y se leyó la proclama con aquellos tremendos equipos de amplificación, era tanto el miedo que había en Punta de Rieles que de este lado quedamos los del Frente Amplio, los organizadores del comité y la gente de la cooperativa, y del otro lado el resto de los vecinos, calle por medio para no juntarse con nosotros. Después nos veían y nos decían: "Estuvieron bien, estuvieron bien". Pero el miedo era eso. Porque lamentablemente estaba metido entre nosotros. Había gente mayor que había alquilado las habitaciones del fondo de sus casas a milicos del cuartel. Gente cuyos hijos inclusive habían entrado al cuartel como única alternativa de trabajo. Entonces era algo tremendo, estábamos rodeados realmente. No obstante, el comité de base tuvo un protagonismo muy importante en la zona, porque después de la dictadura se salió, con temores y con todo, a juntar las firmas para el plebiscito contra la ley de impunidad. Hacíamos cartelitos para pegarnos en la ropa y trabajar en las ferias, que fue el lugar donde siempre trabajamos políticamente, y que decían "Amnistía irrestricta ya" o "Amnistía general irrestricta". Mucha gente de esta cooperativa tuvo un rol muy importante, fue muy valiosa. Nos juntábamos y salíamos organizados para el resto del barrio.

Recuerdo que en el año 84, cuando la apertura democrática, nos juntamos con otros compañeros del barrio y formamos el comité de base. Y había miedo, porque a Roslik lo habían asesinado en abril y nosotros estabamos en el mes de agosto organizando el comité de base aquí en Punta de Rieles, con las características que tenía este barrio ¿no?

Chelo - Una cosa que usábamos mucho cuando empezamos a movilizarnos era la bandera de Covitrema, que tiene los colores de Otorgués. No podíamos sacar la del Frente y entonces sacábamos la de Covitrema. Cuando el congreso cooperativista se empezó a movilizar todavía estábamos en dictadura. Se hizo una caravana impresionante al Cerro, manifestaciones por 18, todo por la vivienda pero a su vez con un tono político, y ahí ya aprovechábamos y cantábamos contra el gobierno, contra todo. Pero siempre con el miedo a la represión...

Una infancia feliz a pesar de todo

Horacio - Nosotros jugábamos con los walkie talkie, a la escondida. Eso cuando jugábamos con las nenas; cuando jugábamos entre los varones, jugábamos a los tiros, a la guerra. Los walkie talkie nuestros captaban la frecuencia de los milicos. No entendíamos lo que hablaban pero la captábamos.

Adriana - No sé si fantaseo pero creo que nosotros, con ese mismo código, decíamos "Sí, aquí tango uno" y otras cosas por el estilo. Eramos una banda y nuestros padres ni sabían. Y una de esas vueltas aparecieron los milicos acá, y todos nos escondimos.

Mario - Desde ahí atrás, en el lugar que nosotros llamamos el terreno de la fosa, el terreno del galpón, llegamos a escuchar una conversación en la que explicaban cómo hacían para cortar la emisión de radios extranjeras de manera que no entraran y no pudiéramos escuchar en nuestro país lo que se informaba en el exterior de nosotros. Por supuesto que hablaban en clave, pero sabíamos lo que era porque había un señor que había trabajado en barcos, en la parte de la radio, y entendía. Pero un día se ve que los gurises hablaron y ellos recepcionaron la conversación y en seguida aparecieron dos jeeps acá y recorrieron todo hasta que vieron que eran los walkie talkie. Pidieron que no los usaran más o los destruyeran. Por supuesto que no se hizo porque lo que es de los gurises, de los gurises es y chau.

Gaspar - Si bien era dictadura y había todo eso de la dictadura, para nosotros fue una niñez absolutamente libre. Punta de Rieles era la cooperativa, y de acá a la parada del cuatro, a la terminal del troley, eran diez, veinte familias las que vivíamos concentradas. El resto eran quintas por todos lados, y nosotros éramos veinte gurises que jugábamos hasta las cuatro de la mañana a la escondida, pasando una niñez absolutamente hermosa en Montevideo. Entonces era a esas horas de la noche que además captábamos alguna frecuencia con un grabador.

Adriana - Sí, onda corta.

Gaspar - Todos queríamos tener pasacasettes porque buscábamos en onda corta y ya entrábamos en la frecuencia de los milicos. Y la escuchába-

mos y era sólo por captar algo porque en realidad éramos todos preadolescentes.

Adriana - Si tenías todo abierto y ponías la antena hacia el cuartel, era inevitable, siempre se escuchaba.

Ana - Además, era lo prohibido.

Horacio - Yo siempre tuve muchas oportunidades de entrar a la cárcel. Tenía 9 años y andaba en una motoneta Vespa con cambios, de papá. Mi viejo me tenía prohibido que anduviera en la moto, pero yo quedaba a cargo de mi abuela; ella me daba plata para la nafta y no le decía nada a mi padre. Una vez fui en la moto con mi amigo Ibero, que tenía al padre y a la madre proscriptos. Cuando íbamos llegando a la bajada al lado de la cárcel, para no pasar por el arroyo, Ibero me pedía que no llegara a la barrera porque no quería ir a la cárcel. Pero yo seguía. -"No pasa nada gallego, no pasa nada. Dale que ya entramos, ya entramos", le decía. Y el gallego: -"¡No, no, no!" Y cuando llegamos al lado de los milicos nos quedamos mudos. -"¿Podemos pasar", pregunté. -"Sí, un ratito", me dijo el milico. Entonces por la calle me ponía a correr carreras con un ñandú que tenían ahí. Los milicos se recopaban viendo la carrera del ñandú conmigo. Y yo metía los cambios, estaba buenísimo. Iba a jugar a las carreras con el ñandú ¿Y que le iba a contar a papá? "Me fui con tu moto a jugar la carrera con el ñandú al cuartel". Me sacaba la moto, seguro.

Dilemas

Gaspar - Yo y muchos amigos de mi generación de esta cooperativa, gente de izquierda fundamentalmente, los más jóvenes, teníamos cierta resistencia a la organización política. Y me acuerdo que de las cosas que más me emocionaron fue ir a esperar a las presas y ver a aquellas mujeres que salían de su reclusión, que se arrodillaban entre nosotros, llorar. Lo único que decían algunas era: "niños". Y había un grupo de gente con banderas esperándolas. Me acuerdo de la actitud arrogante de los milicos armados a guerra que las dejaban venir con bolsos, peladas, con bolsos, cargadas. Y no las podíamos ir a ayudar hasta que no llegaran a donde estábamos.

Todo eso me confrontó de manera terrible con lo que estaba viviendo. Porque, en lo personal, esas cosas fueron para mí muy sentidas y muy

emocionantes, pero a la vez me fastidiaba la actitud de las organizaciones políticas. Porque venía la UJC u otras organizaciones políticas y trataban de afiliarte, de vincularte y hacerte responsable. Y yo no me quería hacer responsable de nada. No me quise hacer responsable de nada hasta que tuve 18 o 20 años y me empecé a enamorar de las mujeres y a ver que la vida era otra cosa. Pero en aquel entonces no me quería hacer responsable de nada, porque el discurso de las organizaciones políticas era: "tenemos compañeros presos y los que estamos afuera tenemos que hacernos responsable de ellos". Y yo estaba re-desvinculado. No sé, esas mujeres estaban presas, era impresionante que estuvieran presas, emocionante de verlo y todo, pero en realidad yo no me sentía vinculado a esa organización política. En realidad no tenía muy claro qué era, más allá de que tuviera inquietudes políticas porque en mi casa siempre hubo inquietudes políticas.

Ana María - Pero no teníamos idea, porque hace relativamente poco tiempo que la palabra política está desmistificada, diría. Hay que saber qué implica la palabra política. Yo a los 15 años tampoco quería militar y no sabía nada y no quería nada. Después, cuando fui más grande y me descubrí, me dio una vergüenza horrible. Porque después que leí los libros sobre gente presa, torturada, lastimada, sobre todo ese tipo de cosas, me sentí tan cerca que no he podido volver a tocar ese tema. Me dolió tanto todo lo que leí que ayer fui al fuerte de Santa Teresa y había un aljibe y miré para adentro y me dije que no puedo desvincular este aljibe, tan lindo que es, tan precioso, del terror que me da mirar para adentro, porque pienso en una persona puesta 13 años ahí adentro y no puedo pensar más. No pude mirar todo el resto porque pensaba sólo en eso. Es todo ese tipo de cosas que me parece que nos marcó. La palabra política nos asustaba, nos aterraba, y es cierto que muchas veces detrás de la bronca y la furia en realidad está el miedo. Y lo he descubierto en varias situaciones en mi vida relacionadas con distintas cosas, pero con el tema de la política, siempre.

El barrio del penal ¿o el penal del barrio?

Ana - Cuando doy mi dirección muchas veces he dicho que vivo cerca de la cárcel de Punta de Rieles. Y algunos me preguntan -"¿De qué?"

Gaspar - Alguna gente no sabía que aquí en el barrio había una cárcel de mujeres.

Adriana - Pero cómo no van a conocer. Si vos decís Punta de Rieles a secas, nadie sabe dónde es. Si vos decís Punta de Rieles, donde está la cárcel de mujeres, ahí si. Todo el mundo la conoce.

Horacio - No te creas.

Adriana - Me ha pasado, por ejemplo, que he ido al Banco y me dicen: -" ¿A qué zona pertenece?" -"A Punta de Rieles". -" ¿Qué seccional?" -" La 16". -" ¿Dónde pertenece?" -" Donde está la cárcel de mujeres". -"Ah, sí". Y ahí sacan en seguida la zona.

Horacio - A mí me pasaba en otros tiempos, pero ahora no.

Adriana - Eso sí, nunca le llamamos penal.

Horacio - Le decíamos cárcel de mujeres.

Amalia - Cuando la salida de la dictadura vino eso de querer transformar Punta de Rieles en otra cosa. Nuestro argumento era que de la muerte pasáramos a algo de la vida, ¿no? Que Punta de Rieles ya no fuera reconocido por el penal sino que fuera reconocido por otras cosas. Pero todo cambió tanto; se hicieron los asentamientos y vino gente sin arraigo que no sabía por qué vivíamos en un régimen militar también en la zona. Teníamos que bancarnos que pasaran las tropas de los cuarteles de ahí de la vuelta por las calles del barrio gritando " esta tierra es mía y yo la piso", y yo que sé cuantas cosas más.

María - Soy vecina de la zona desde hace treinta y pico de años. Cuando dieron el golpe de estado yo era una joven militante sindical. El barrio era de gran extensión pero de poca gente. La dictadura, la miseria que se fue generando lo hizo incrementarse. Y nosotros lo vivimos desde el odio y desde el miedo, como militantes. Otros lo miraron desde la indiferencia. Pero para todos, en eso estoy convencida, para los que sentíamos odio y miedo y para los que eran indiferentes, el penal de Punta de Rieles era un estigma. Para los que no lo querían nombrar y para los que íbamos muchas veces, en el ómnibus y no nos podíamos saludar, pero que mirábamos al penal. Criamos a nuestros hijos en el "callate", "no digas", "lo que se dice en casa no se puede repetir". De cualquier manera yo creo que este es un lugar emblemático de lo que fue la resistencia de los vecinos de Punta de Rieles. Seguíamos repartiendo la prensa que teníamos escondida y la seguíamos peleando, y en el ochenta y tres, el primer cartel que decía " libertad para los presos políticos" salió de Punta de Rieles. Después de la dictadura se ha tratado de reconstruir el barrio y de lograr una nueva identidad donde estemos todos, porque en esta zona caminamos juntos el del cuartel con el obrero, con la empleada doméstica, con el desocupado; vamos al mismo almacén y hay que construir una historia con todos ellos. Nos abocamos a actividades sociales y a tratar de que Punta de Rieles no fuera conocido por el penal. Que fuera conocido por otras cosas. Algunas cosas se lograron, pero queda muchísimo camino por andar.

La presencia militar

Vecino - Allá por los 70 nos llegó la noticia de que iban a poner un Penal en Punta de Rieles. Fue un mazazo para el barrio porque era un barrio chico, humilde, de personas trabajadoras, y de repente se vino toda la milicada para acá. Primero trajeron a los compañeros. Después, el día que los sacaron para llevarlos al penal de Libertad y trajeron a las compañeras, dejaron desde el Camino Maldonado hasta el penal todo erizado de tanques de guerra. Fue mala aquella época. Para la gente que trabajaba en este barrio, fue horrible.

Manuel - Soy jubilado de UTE. Mi señora también trabajó en UTE y estaba al servicio de la cantina de directorio, donde llegó un día el que era en ese momento interventor de UTE, el capitán Silveira. Mi señora le preguntó si él estaba a cargo de la cárcel de mujeres en Punta de Rieles, y él le dijo: -" Sí, ¿Ud. vive por ahí? -" Sí, en una cooperativa de viviendas", le contestó mi mujer. -"Ah, sí, todos conocemos a la cooperativa de viviendas", dijo él. Ella le preguntó cuántas mujeres había, y creo que fue algo más o menos así lo que él le contestó: -" No hay más de cien ni menos de cincuenta. Pero no pregunte más nada de eso, porque usted no tiene por qué saber esas cosas".

Kiti - A mi me duele Punta de Rieles, por lo que era y por lo que es. Porque es un barrio, como dicen, para la crónica roja ¿no? Cuando la época de la triste historia se veía pasar gente mayor cargando bolsas con los nombres bordados de las hijas. Eso sí que fue triste.

Viví los inicios de la cárcel, cuando trajeron a los hombres en un " ropero", como le llamaban a aquellos furgones policiales. Lo feo fue cuando los trasladaron de Punta de Rieles a Libertad. Yo vivía a 220 metros de la calle. Se montó una guardia como que venía la guerra, con tanques. Y todo eso para sacar a gente que iba encadenada. Alguien me dijo que querían ponerle otro nombre a Punta de Rieles. Yo pienso que no, que la triste memoria tam-

bién tiene que existir. No podemos olvidarnos. No más penal de Punta de Rieles.

La casa donde vivo ahora se la alquilaba a un soldadito que trabajaba en la Escuela de Armas y Servicios y muchas veces iba a cobrar el alquiler ahí. Fue así que tuve oportunidad de ver a Lilí esperando con su bolsita para que le entregaran las cosas al General [Seregni]. Esas cosas que cuando las estás viviendo no pensás; posteriormente la ves un día en una publicación o tenés una referencia y entonces te ponés a pensar y decís "pero esta era aquella persona menudita flaquita, rubiona, que estaba sentadita en un rincón esperando que la dejaran pasar". Los vecinos en general no sufrimos acoso de los militares que estaban a cargo del penal. Simplemente, los que vivíamos de Géminis hacia allá, teníamos que salir con el documento. Los vecinos que vivían más allá de lo que en aquel momento era la barrera, tenían que pasar con un salvoconducto. La barrera estaba donde termina Camino Punta de Rieles. Había una garita y una barrera, no como una barrera de ferrocarril, pero era una barrera. Un día tuve que ir con otras vecinas a la parte de atrás del penal. Yo desconocía que allá atrás había otras garitas y nos pararon. La otra vecina tenía el salvoconducto porque era de ahí y yo solamente mi cédula. Dije donde vivía y al final, como iba con ella, pasé. Eso del salvoconducto empieza cuando traen a las mujeres a la cárcel, cuando se crea el EMR2 (Establecimiento Militar de Reclusión N°2). Incluso a Bruzzone, que tenía compradas todas las hectáreas que están frente al penal, no se las dejaron cultivar. Los vecinos que estábamos de este lado de la barrera recibimos una visita cuando recién se inició el penal. La persona que vino se presentó como un oficial de allí. No entraron a mi casa, pero revisaron los galpones, anduvieron por todos lados. Nos advirtieron que si en alguna noche oíamos algún caballo o algo, era una guardia que andaba por el arroyo. Cada vez que cambiaba el comando o las autoridades, supongo, o cada tanto, aparecía un oficial y se presentaba: "Yo soy fulano de tal, soy el oficial a cargo, o represento al oficial a cargo". Durante muchos años estuvo el coronel Barrabino, que en general tuvo buena relación con la gente. Uno puede discrepar con todo lo demás, pero en general con el vecino estuvo bien. Como integrante de la Comisión de Fomento de la escuela y a través de la vinculación que una persona de primaria tenía con él, conseguimos una donación. A mi me tocó ir a recibir la donación, que fue una vaquillona para hacer con cuero y vender a beneficio de los niños. Pasé por el trago amargo de que me revisaran hasta los zapatos. Cuando salí la persona que me revisó me pidió disculpas,

me dijo: 'disculpe señora, yo no sabía a lo que usted venía'. Porque yo pedí para entrar a hablar con él pero no dije para qué.

Cuando entré lo que me impactó, como mujer y como madre, fue ver a las madres sentadas ahí en unos bancos con sus niños y con guardias, a pesar de que había tres o cuatro alambradas. Eso era chocante, porque no había posibilidad de que se escaparan ya que estaban con sus niños; no iban a arriesgar la vida de sus hijos. Por cada una de ellas había una guardia. Otra de las cosas que me quedó grabada fue la cocina. Ellas [las presas] estaban ahí trabajando y había guardias. No sé a razón de qué la guardia, porque no habrían tenido manera de escaparse ¿no?

Todos los vecinos de la zona estábamos muy identificados. En una oportunidad fui a la Escuela de Armas y Servicios a pedir colaboración para el campamento que haríamos con los niños de la escuela en Parque del Plata. La persona a cargo, cuando vio mi cédula y mi apellido, mejor dicho el apellido de mi marido, me dijo: "¿Usted qué tiene que ver con Pan, de Camino Punta de Rieles?" Le digo: "Es mi casa", y me dijo "¿Y usted tiene todas las verduras que tiene su chacra me viene a pedir a mí para los niños?" Le contesté: "Lo que pasa es que yo llevo de mi chacra la parte que me corresponde para que coma mi hijo. Incluso llevo la leche para todos durante dos días, la consigo en el barrio. Pero buena parte de los niños que van a ir al campamento son de sus subalternos, entonces por eso vengo a pedirle a usted." Me dijo: "Está muy bien, señora". Y eso me impactó porque nos tenían muy, muy identificados.

Alguna vez que venía de hacer los mandados vi a presas que se iban, algunas incluso acompañadas. En ese momento una no se iba a fijar en la persona, porque además te dolía mirar, te dolía el hecho de ver eso. Pero por otro lado ya se iba identificando a la gente. Sin saber quiénes eran, una sabía: la señora mayor, el señor mayor, los que venían con los niños. Y ellos también nos conocían como la casa de los repollos, porque mi marido plantaba unos repollos grandes.

Walkiria - Soy de la cooperativa. Recuerdo unos simulacros que hacían de noche y que me dejaban como loca. Ladraban perros, se encendían motores, se sentían tiros y como que aparentemente no pasaba nada. Eso pasó reiteradas veces. Me suponía que era un simulacro, una alteración de la rutina, pero también era un mensaje para nosotros, porque teníamos marchas con cánticos alusivos de que no nos íbamos a ir. Sobre todo cuando se

acercaba alguna fecha particular, militar como el 14 de abril, o el 1º de mayo; en esas fechas significativas surgían las marchitas y todo eso. A mí me dejaba muy conmovida.

Miriam - En la época de la dictadura creo que hubo dos tipos de prisiones: una fue la que se vivió en el penal –primero los hombres, luego las mujeres–, y otra la que vivimos la gente de la zona, porque nos traían del interior enormes cantidades de jóvenes que venían a prestar servicio al cuartel y nosotros sufríamos la vigilancia y actuación de los servicios de inteligencia. Como que fue una gran cárcel Punta de Rieles.

Vecina - Me acuerdo que antes de las elecciones los milicos pasaban cantando "volveremos otra vez". Pasaron después que terminó la dictadura y empezó la democracia y seguían cantando, y hasta ahora siguen cantando. A veces cantan "un, dos, tres, volveremos otra vez". También cantaban mucho de Pacheco.

Oscar - Siguieron pasando durante mucho tiempo. Después de las elecciones. Después que Sanguinetti estaba de presidente, siguieron seis, siete meses más. Pasaban por Géminis prácticamente todos los días. Todos los días, todos formados, cantando, tocando, los fusiles en el hombro. Pasaban y pegaban la vuelta.

Ana María - Yo tenía la cárcel al fondo de mi casa así que no había un día de mi vida que no la viera. Todos los días salía al fondo de casa y estaba ahí, porque aparte había menos árboles y siempre se veía. Y ahora la veo y está todo tan cerca... Parecía más lejos en aquel tiempo. Capaz que es porque uno era más chico y todo parece más grande y más lejano, pero la cárcel también me parecía lejos y ahora cuando doy la vuelta y entro por la calle de atrás y paso por ahí, ya estoy ahí. Para nosotros era cárcel, no penal. Y para nosotros eran presas y no reclusas.

Vecina - Cuando íbamos para arriba a veces no se podía pasar porque estaban las compañeras trabajando en las quintas, muy custodiadas. Había una barrera donde pedían documentos y tenías que esperar hasta 15 y 20 minutos para ver si te dejaban pasar. A la vuelta, otra vez lo mismo. De ahí para arriba era de ellos, no podía pasar nadie.

Miriam - Empezamos a ver cómo traían del interior a los pobres milicos y ponían cuatro, cinco, seis milicos hacinados en una pieza pequeña. Ellos también fueron víctimas de todo eso macabro. Nos sentíamos perseguidos,

sobre todo aquellos que habíamos tenido algo que ver. Me acuerdo de cuando Mate Amargo sacó aquella lista de torturadores en estos barrios. Teníamos vecinos de puerta que eran torturadores, que estaban ahí en la vuelta. Yo incluso tenía muy buena relación con la señora de uno de ellos.

Chelo - Sí, ellos eran los dueños del barrio, porque las camionetas que venían del penal eran de ellos, y se adueñaban de las calles. Cuando veías venir una camioneta tenías que abrirte porque te pasaban por arriba. Los milicos pasaban haciendo gimnasia, recorrían el barrio y cada vez que pasaban por Covitrema cantaban "somos los soldaditos de la patria y les vamos a pegar un tiro en la nuca". Más adelante, cuando empezó a haber algún tipo de movilización del Frente o algo, ellos siempre pasaban y era una forma de asustar a los vecinos.

Amalia - La historia de Punta de Rieles es medio turbia. Un bodeguero que trabajaba pegadito a los milicos del cuartel terminó matando a un niño porque robaba uvas. Y también le prendieron fuego a un bichicome, le hicieron de todo y no pasó nada, no pasó nada, porque es Punta de Rieles. Entonces, el tema de la impunidad está ahí, concretito ¿no? Los vecinos de Punta de Rieles vivíamos aguantando a los milicos con aquellos radiograbadores gigantescos, paseándose, burlándose. Te pechaban, se subían ellos primero. Todo lo que vivimos en la dictadura estaba un poco incrementado aquí porque teníamos un cuartel, teníamos las viviendas policiales, teníamos el penal. Teníamos que escuchar a las mujeres de los milicos mostrando lo que habían robado cuando hacían las requisas. Había gente que tenía cosas que ni siquiera sabían ni para qué eran pero las habían robado cuando fueron a detener a alguno. Y tenías que morderte la lengua, no decirles un montón de cosas. Cuando la dictadura nosotros también vivíamos prisioneros. Por ejemplo, la gente que tenía una casita al fondo en general se la alquilaba a un milico, porque era el que podía pagar. Entonces no podías hablar porque te estaban escuchando, o no podías escuchar las canciones que escuchábamos siempre. Cuando ibas al almacén todo el mundo sabía que vos eras del Frente pero no podías abrir la boca. El sistema nos atrapó a todos.

Hay gente que te dice: yo no me di cuenta, o no sabía. Pero es como una excusa porque todos en algún momento presenciamos operativos. Y córrase para acá y vállase para allá, porque iban a agarrar a alguno en el barrio. Se vivía mal, mal. Y eso trajo la consecuencia de que en los barrios la gente se encerró en sí misma y todavía hoy eso no se rompió. Ellos hacen más mella

de la que hacemos nosotros, desgraciadamente, porque utilizan el terror. Porque yo me acuerdo que antes en el barrio, por ejemplo, los vecinos eran más de salir afuera, de estar en la parte de adelante de las casas. Después eso se fue perdiendo y se fue formando un muro de silencio. Eso es terrible, pero por otro lado creo que eso nos incentivó a pelear por rescatar la otra historia. Lamentablemente con el paso de los años también eso se va perdiendo, como esa cuestión mística. A la salida de la dictadura decíamos que a Punta de Rieles la tenían que reconocer por otra cosa, y no por el penal. Pero con el correr del tiempo y la vida que vivimos hoy, en la que el individualismo ganó, se fue perdiendo ese objetivo. Sin embargo, no creo que Punta de Rieles haya olvidado lo que allí sucedió. No olvidó, no. Pero es un riesgo. Para mí entonces, esa es la tarea ahora, rescatar la memoria.

Encuentros: las mujeres abriendo cancha

Nélida - Recuerdo una señora mayor, una abuelita que venía con los bolsos para allá abajo. Yo compraba leche en un tambo, allá abajo, y los domingos a la mañana yo iba con mis dos botellas de leche y veo a esa abuelita y le digo: abuela quiere que la ayude. Pensé que venía de la feria. Entramos a conversar y me explicó quién era y adónde venía y me puse a llorar. Ella me decía que traía cosas, que esto, que el otro, que los algodones. Pero que no estaba segura si todo lo que traía llegaba a destino. La acompañé hasta la puerta del penal.

Adriana - Alicia me contó algo de cuando empezaron a salir las presas. "¡Pah! Fue horrible", me dijo. "Una vez yo estaba por ahí y salió una mujer perdida y me preguntó cuánto salía el boleto y dónde quedaba la parada. Era una presa que no sabía dónde estaba. Me dio fuerte", me dijo.

Nélida - Una nochecita ya hacía calor y era tarde. En mi casa yo acostaba a mis hijos temprano porque mi esposo madrugaba y había que hacer silencio. Yo estaba en la casa y la cooperativa estaba prácticamente en silencio. Tenía la ventana abierta y escuché algo que me llamó la atención, un murmullo muy a lo lejos. ¿Qué está pasando? ¿que será eso?, me pregunté. A la noche siguiente otra vez lo mismo. Me levanté y salí al fondo de mi casa. Era un silencio impresionante y entonces lo que yo escuché fue la despedida de una de las muchachas que salía. Se oyó un grito lejano que decía: "¡Hasta siempre compañeras!"

Chelo - En determinado momento las mujeres de Covitrema nos enteramos que estaban liberando a las compañeras y fuimos hasta el arroyo La Chacarita, que cruza frente al penal, a hacer guardia para recibirlas. Nos instalábamos a las 9 de la mañana y nos turnábamos. Una venía, ponía la comida, iba la otra, y así nos turnábamos todo el día. Incluso llegó un momento en que las empezaron a soltar de noche y hacíamos guardia de noche hasta la una, las dos de la mañana. Eso era por el 82. Al principio fuimos hasta cerca del arroyo, pero ya el segundo o tercer día nos empezaron a poner barreras. Cada día nos ponían más, y nos iban corriendo. También nos pusieron policías que nos gritaban. Pero nosotras nos sentábamos ahí con termo y mate. Íbamos con los chiquilines, eran todos chiquitos. Llegó un momento que hasta llevábamos banderas. Ya no nos importaba nada. Cantábamos, pensando que las compañeras del Penal nos iban a escuchar. Y en una de esas que cantábamos vimos que de una ventana colgaban un trapito blanco. Saltamos todas de alegría porque creímos que nos habían escuchado, y después me enteré que sí, que nos habían escuchado y que habían sacado ese trapito por una ventanita alta, allá arriba. A raíz de eso las empezaron a sacar de noche. Y entonces íbamos de noche. Les pedíamos a las compañeras que salían que fueran caminando con nosotras hasta Punta de Rieles para que los vecinos las vieran. Íbamos cantando, golpeando las manos para que la gente de Punta de Rieles viera que las compañeras estaban saliendo. Éramos un grupo chico y las compañeras también iban cantando. Los vecinos al principio las miraban detrás de las ventanas, después se animaron a salir al portón y ya las últimas veces salían a saludarlas. Eran vecinos que a nosotros ni se nos pasaba por la cabeza que podían estar en contra del gobierno. Después las empezaron a sacar por atrás del penal y ahí ya no tuvimos posibilidad de recibir a nadie más. Pero llegamos a recibir a unas cuantas compañeras. Desde el penal nos mandaron una bufanda roja de obsequio. Nos contaron que el rojo estaba prohibido ahí adentro pero que se las habían arreglado para tejerla.

Oscar - Lo que recuerdo de ese momento –yo tendría 9, 10 años y ahora voy a cumplir 30– es que una tarde, a eso de las 6 y media o 7, estábamos en la línea de eucaliptos donde siempre nos juntábamos a chiviar y hacer travesuras, y oímos unos gritos pero no supimos de dónde venían. El primer día no le prestamos mucha atención, pero los gritos se sentían en todos lados y se repitieron todos los días. Entonces miramos al penal y vimos cosas blancas que flameaban desde unas ventanas. Nosotros no sabíamos qué, y recuerdo que llegué a casa y le conté a mi madre lo que habíamos visto. Como

esto es muy chico, enseguida se corrió la bola y se armó un grupo grande de gente que gritaba desde acá en respuesta a los gritos de allá. Se había creado un vínculo entre las que estaban en el penal y nosotros que estábamos acá. Un día se cortó, no se escuchó más y nadie supo qué había pasado. Después, con los años, nos enteramos que habían tapiado las ventanas.

En lo personal me acuerdo de las salidas. Recuerdo un día que sabíamos iba a salir una presa, una maestra. Mi madre me puso una túnica con una moña. Nos fuimos caminando por Punta de Rieles y yo como gurí iba primero en la fila. No me acuerdo quién arrancó una flor que había por ahí, me la entregó y me dijo –"Tenés que darle la flor a la maestra". Cuando ella venía caminando yo me acerco, le entrego la flor y le doy un abrazo. Cuando esa mujer me abrazó, lo que puedo decir es que fue algo impresionante. La veía muy flaquita y para mí, que era un niño, darle un abrazo, tocarle la piel, es un recuerdo que me va a quedar en la memoria por siempre. Fue algo muy especial. No me voy a olvidar nunca jamás, eso lo puedo asegurar.

Nélida - Soy la mamá de Oscar. La noche anterior nos habían avisado que salía una muchacha que era maestra y que ella añoraba a los niños de túnica blanca. Entonces le puse la túnica a Oscar y a otro hijo. Creo que todas les pusimos túnicas blancas a nuestros hijos. Uno llevaba una flor, otro llevaba un librito.

Chelo - Le preguntamos de dónde era y nos dijo que era de Tacuarembó. Abrazaba a todos los chiquilines que habíamos llevado, que eran nuestros hijos, y nos decía que hacía muchos años que no podía abrazar a un niño. Que desde que había caído sólo veía los hijos de las compañeras de lejos. Hubo otra compañera de las que liberaron a la que nunca voy a olvidar; sé que se llama Francesca. No me acuerdo de su cara, me acuerdo del cuerpito, porque me impresionó verla tan jovencita, alta, con esas ojeras violetas. Parecía tan frágil. Me impactó. Me gustaría volver a verla.

Oscar - Éramos un lote; lamentablemente en este momento soy el único que está acá, pero hay unos cuantos que podrían dar testimonio de todo eso que se vivió, que fue durante muchos días. Yo calculo que debe haber sido por lo menos una semana. Esos gritos... Yo siempre me callé todo esto, nunca se lo había contado a nadie. Empecé a contar de a poco a un grupo de compañeros, incluso a un compañero de trabajo que tenía que hacer un trabajo de esto para la facultad de sicología. Había que estar en esos momentos para haberlos vivido. Después vinieron las caravanas. Llegué a recibirlas. Se

bajaban del auto e iban hasta Punta de Rieles, y de regreso a Camino Maldonado, caminando y cantando y todo eso. La verdad es que fue muy bueno.

Gaspar - El único lazo que teníamos nosotros como niños con respecto a la cárcel de mujeres era verlas trabajando ahí. Eso y el odio profundo que le teníamos a los milicos es lo único que recuerdo de aquel tiempo, hasta que cambió a tal punto la cosa que empezaron a liberar compañeras. Nosotros nos enterábamos y se juntaba un grupo grande de gente. Yo, que era preadolescente, iba por la movida. Nadie me venía a convocar. No, yo iba porque había gente. Además, estábamos todo el día trepados encima de los eucaliptus y cuando veíamos que había banderas y ruido íbamos a ver qué pasaba. Para nosotros fue un cambio radical lo que pasó.

Vecina - Recuerdo muy vagamente que cuando tenía siete años mis padres me decían que allá, en aquella casita grande, había muchas mujeres que como el tío estaban presas, privadas de la libertad. Nos juntábamos con un grupo de gurises, Oscar y todos los de la misma edad, y les cantábamos, les gritábamos, pensando que nos iban a escuchar. Capaz que alguna vez nos vieron, no sé, pero nosotros nos imaginábamos que nos iban a ver. Y una vez se juntó mucha gente de la cooperativa y les cantábamos y aplaudíamos y les gritábamos, y creo que en esa época pudieron escuchar algo, pudieron ver algo. Yo no sé si me lo imaginé, pero veíamos pañuelos blancos asomando por las ventanitas chiquitas. No sé si era ropa colgada o si realmente nos estaban respondiendo, pero para nosotros era que nos estaban respondiendo.

Vecino - A mi me quedó la imagen de una expresa bien flaquita y peladita, con cara de que había sufrido. Me impresionó mucho y me quedó como un recuerdo medio feo. Me la imaginé como mi madre, como cualquier otra mujer, una mamá así ¿no? Y aparte yo me preguntaba, son presas, robaron ¿por qué están presas?

Nélida - Y después todo lo demás... esa cosa que sentíamos, que queríamos entrar al penal. Y cada vez nos alejaban más. Cada noche o cada tarde que íbamos, ellos nos corrían. Hasta que al final no nos dejaban ni llegar al puente. Teníamos mucha rabia. La consigna era que las soltaran antes de la Navidad, que hubiera "Navidad sin presos políticos". El día que llevaron a todas las que quedaban a Jefatura, corríamos detrás del camión.

Madres coraje

Miriam – En Noche Buena y Fin de Año yo miraba para allá, para el penal. Y cuando se hablaba de los Reyes y Papá Noel, yo les decía a mis hijos: "En aquel lugar hay mujeres y madres que están ahí por haber peleado por un mundo mejor para ustedes. Sin conocerlos, también peleaban por ustedes". Yo sentía que esa era una forma de marcar presencia. Pero uno de mis hijos me dijo ahora que yo les había arruinado las fiestas.

No sé si se acuerdan de los primeros actos que hacíamos, en que cuando cantábamos el Himno levantábamos el puño y la V de la victoria. Mi hijito era pequeño, iba a la escuela, y estaban en la fiesta de fin de curso cantando el Himno cuando levantaba el puño. Los maestros lo miraban, porque además estaba la inspectora. Bueno, él hizo lo que nos vio hacer a nosotros.

Chelo - Llevábamos a nuestros hijos cuando les íbamos a cantar a las compañeras que salían, enfrentadas a la barrera que nos ponían. Mi nena era bebe en ese momento. Ahora pienso ¡si se les escapaba un tiro a alguno de ellos! ¡que inconscientes que éramos! Capaz que hoy haría lo mismo pero no llevaría a mis hijos... En esos momentos ninguna de nosotras pensaba si nos podía pasar algo. Todos los chiquilines eran chiquitos e íbamos con ellos y no pensábamos si los milicos nos iban a agarrar a palos, o si nos iban... no lo pensábamos. Íbamos así nomás.

Miriam - Cuando inauguramos el primer comité de base de Punta de Rieles contratamos un equipo de amplificación tremendo, nos parecía que toda la potencia era poca, que tenía que llegar bien lejos, con la idea de que desde el penal escucharan lo que estaba pasando aquí. Trajimos a Alba Roballo y le dijimos –"Pusimos el parlante para el penal". Yo no sé si habrá llegado el mensaje hasta allá. Cuando Alba Roballo habló de Amnistía General e Irrestricta le puso tanta emoción que fue algo impresionante. Ella habló desde su sensibilidad por las presas que estaban en el penal y realmente nos conmovió muchísimo a todos. Eso fue casi en agosto del 84. Y bueno, fueron los actos de rebeldía que hicimos los que estábamos afuera, el desafío para poder llegar de alguna forma a las compañeras presas. En nuestro recuerdo está siempre eso ¿no?, con nuestros gurises alrededor y armando todo aquello. Fue muy bueno, realmente.

El barrio, bastión de las mujeres

Chelo - Las mujeres de Covitrema participamos mucho. Los compañeros de Covitrema también participaron, lo que pasa es que ellos participaban en menos medida porque trabajaban a nivel sindical, clandestinamente, en aquel tiempo. En las fechas patrias cantábamos el Himno al fondo de la cooperativa. Cantábamos, tocábamos las campanas de la cooperativa de obra, hacíamos barullo, con la esperanza que las presas nos sintieran. Como cooperativistas teníamos allanamientos, porque empezamos a salir a la calle cuando Fucvam empezó a hacer las movilizaciones. Ahí salíamos con banderas, íbamos cantando en los camiones. Entonces nos veían raro, con miedo. Después hicimos el comité de base Punta de Rieles. Al principio funcionaba en casas de familia, porque no teníamos local. Más adelante conseguimos una casa que todavía dice Comité de Base Punta de Rieles. Trillábamos todo el barrio, íbamos casa por casa. Cada casa era un familiar de un policía. Fueron muchas experiencias que vivimos. Yo por lo menos, en ese momento, no me daba cuenta del valor de lo que hacía. Sabía que lo tenía que hacer y punto. Recogíamos los diarios La hora y El popular en el bar, donde muchas veces paraban todos los milicos del cuartel. Igual los íbamos a buscar para repartirlos por el barrio. Después vino lo del voto verde. Había casas de donde nos echaban y otras a las que no íbamos porque sabíamos que vivía un policía y pensábamos que nos iban a sacar a pedradas. Pero resulta que después nos paraba la señora o la madre y nos preguntaba "¿por qué no fueron? Porque mi hijo no es torturador, yo quiero firmar". Una vez fuimos a una casa y nos dimos cuenta que todos los vecinos nos miraban. Pensamos que debía haber un policía. Efectivamente, él salió muy altanero, muy serio. Le explicamos que estábamos juntando firmas por el voto verde y el hombre, muy serio, nos dijo "Yo sé lo que tengo que hacer. No les puedo firmar nada porque me comprometen, pero no soy un torturador y no quiero que mi hijo crezca pensando que lo soy. Yo sé lo que tengo que hacer". Cuando dimos media vuelta la esquina, nos abrazamos, contentas porque no esperábamos esa reacción del tipo. Para nosotros todos eran torturadores. Se nos dieron muchas cosas, como otras casas en las que nos decían que nos fuéramos porque nos iban a pegar un tiro. Les costó a los vecinos aceptarnos como vecinos. Pero algunos que antes nos hablaban mal, nos echaban de la casa, ahora nos saludan.

Vecina - En el comité de base se peleó salir al barrio a plantear qué era la Amnistía General e Irrestricta, hablar en cada casa aunque sabíamos que

era gente vinculada con la dictadura. Pero sabíamos que no estábamos solas y eso era lo que muchas veces nos mantenía.

Vecina - Todos sentíamos que había que hacer cosas. Y estaba ese coraje, ese compromiso, pero a su vez un miedo ¿no? En aquel momento tener fotos y recordar nombres era todo un compromiso. No quedó nada grabado pero fue una época muy buena.

Miriam - La rebeldía entraba por el nombre de nuestros hijos, por el nombre de los perros, siempre tratando de marcar la diferencia ¿no? Estábamos resistiendo.

Chelo - Ahora, recordando, una dice ¡pah! todo lo que hice. Pero en su momento no me di cuenta...

Dolor de mujeres

Amalia - Yo no estuve presa, pero puedo asegurar que a la gente de la zona nos marcó la vida tener el penal, el ejército allí. Era una cosa en cierto momento innombrable. Cuando íbamos, por ejemplo, a hacer los mandados a Punta de Rieles, veíamos a los militares bajándose de los camiones, porque los arrimaban hasta para tomar el ómnibus. Sentíamos que era una marca, un estigma. Yo estuve unos años viviendo en la Argentina y cuando les decía de dónde era me decían "Ah! Donde está el penal de mujeres". Muchas de mis compañeras estuvieron ahí, por ejemplo, me acuerdo de Teresita Cuadrado, que era del gremio curtidores y que juntas empezamos desde gurisas a militar en el sindicato. Estando en la Argentina me enteré que ella había terminado en el penal. Recordándola como era a mí me temblaba todo, esa muchacha tan linda y tan joven, en las manos de los bichos esos. A todos los vecinos nos marcó. A mí hasta hoy me pasa que cuando todos los días voy en el ómnibus por Camino Maldonado, no hay una vez que no mire al edificio del penal. Somos una generación marcada por la dictadura, de varias formas. Pagamos muchas consecuencias hasta con nuestros hijos, por el tema del miedo y de lo que uno sin querer le trasmite a los hijos. Hoy vemos el producto de todo eso. Pero, bueno, pensar que en el penal estaban las compañeras y saber que cuando llegaba alguna fecha se sacaban los trapitos por la ventana para decir acá estamos, o que se cantaban canciones a pesar de lo horrible que era la dictadura fascista, nos dio ánimo como militantes políticos en la zona, pero también nos dio una sensación de culpabilidad, por saber que estaban ahí y que una estaba afuera. A mí me pasaba mucho, y conversando con otras compañeras me decían que sentían lo mismo. Uno trataba de resistir desde afuera, pero igual estaba esa sensación. En ese entonces yo era una muchacha, tenía 28, 30 años, y pensaba en las que estaban presas, porque a muchas las conocía. Yo decidí, con dolor y con todo un montón de cosas, seguir mi vida. Pero no podía dejar de pensar ¿y la de las demás? Tenía un sentimiento de culpa. Lo viví con un sentimiento de culpa, yo al menos particularmente. Y con odio también, porque no soy una santa. Yo tenía mis hijos chicos, los disfruté y todo, pero a veces, cuando estaba viviendo en la Argentina, me ponía a escuchar canciones y me decía: "¡que horrible, yo acá y los otros combatiendo allá y pasando las mil y una". Después vas procesando, vas analizando –bueno, unos cayeron, otros no cayeron; equis causas. La vida, evidentemente, igual transcurre. Adentro del penal también transcurría. Pero esa es una época que la veo color gris, gris, gris. Uno va analizando y va sobreviviendo. Nosotros somos sobrevivientes y no se cómo vamos a salir de esto si las cosas no tienen un cauce más justo.

Vecina - Bueno, primero pido disculpas porque no sé si realmente voy a poder. Soy hija de un militar y lo que ustedes dijeron lo viví de una manera horrible. En ese momento tenía una amiga que era chica. Éramos sólo amigas de almacén, de cuando me mandaban a buscar la leche y eso. Una de esas mañanas, cuando fui a buscar la leche, resultó que en la casa de esa chiquilina había militares. Yo nunca supe si mi padre estaba ahí, pero después de eso me dijeron que no le podía hablar nunca más. Me dijeron que la familia era mala y una cantidad de cosas. Nosotras no entendíamos por qué no nos dejaban hablarnos; entonces cuando iba al almacén nos agarrábamos de la mano, nada más, en ese ratito en que la almacenera, incluso, estaba distraída, porque sino le iba a contar a mi padre. Nos agarrábamos la mano nada más. Lo más que pudimos hacer un día que ella tenía un chupa-chupa fue que se lo sacó, me convidó y se lo di de nuevo. Después, un día fui a la policlínica del cuartel del 14 y estaba con mi madre ahí esperando que atendieran a uno de mis hermanos cuando vi que había una persona encapuchada. Y yo les dije "¿Por qué no le sacan eso?". Pero fuerte: "¿Por qué no le sacan eso? ¿Por qué la empujan?" Mi madre me dio un pellizcón fuerte y cuando llegué a casa mi padre me pegó y no me dejaron salir por muchos días. Me decían que yo no podía hablar así, que no podía decir esas cosas, que era una irrespetuosa, que a quién había salido yo, que por qué hablaba así, de esa manera. Y yo decía "¿Pero qué hizo? ¿Por qué no le sacan eso? No puede ver, no puede". Además la llevaban como a los empujones. No me puedo olvidar de eso. Como que me da rabia. En mi casa no se puede hablar de eso, hoy día no se puede hablar. Antes de venir para acá mis hijas me decían "¿para

que vas a ir, si te va a hacer doler? Vos, que vivís llorando por todo, ¿para qué vas a ir?" Pero si le pregunto algo a mi padre me va a decir que es mentira, o que yo me lo imaginé, porque piensa que yo me imaginaba cosas. Entonces era como algo que yo tenía que saber. Está mal que pienses distinto, está mal que hagas esto, está mal que hagas lo otro. ¿Pero por qué, qué hicieron? Y nunca nadie me dio una respuesta. Tanto es así que hoy en día si alguien me viene a hablar de política yo digo "¡Ah! no sé, no sé nada. No sé nada. No me preguntes." Y es más. Cuando voy por la calle y están los guardias con las armas frente a los cajeros, yo me quedo dura. Mi hija me dice "caminá, mamá". Y yo como que no puedo, porque me acuerdo de aquel día, aquella mañana que fui a buscar la leche y en la casa de esa chiquilina estaban ellos. Y nunca nadie me dijo por qué estaban ahí. No sé, para mi era importante venir a contarles que una hija de militar no disfrutaba de lo que era el padre. Yo lamento muchísimo haber comido de la plata de mi padre. Lamento muchísimo que él trabajara de eso, pero yo no podía hacer nada y no se por qué me afecta tanto, porque realmente nunca se habló de esto, mi madre no puede. Yo le preguntaba, y ella decía "No podés hablar, tu padre se enoja, no podés decir, tu padre se enoja. No le preguntes, que te va a poner en penitencia". Entonces, no sé por qué hoy estoy acá. Y no lo sé, pero creo que no puedo ni siquiera pensar que mi padre algún día pudo haber hecho algo. Pero si fue así, no sé, yo quiero perdonarlo. Pero odio que me haya dado de comer con la plata que ganó de ahí. Así que desde mi lugar, no sé, gracias por permitirme estar acá y no sé si es importante, capaz que no o capaz que..., no sé.

La historia de la gente

Vecina - Yo no he vivido nada de lo que han contado, pero vine acá a aprender. Y quiero aprender de la gente que lo vivió, de ustedes, a los que he escuchado, por mi niño que está saltando. Mi propuesta es que estas anécdotas que escuché de Oscar, de Chelo, de tanta gente, queden plasmadas en algún lado. Porque tengo hijos y me gustaría contarles que esta gente vivió al lado mío, era de carne y hueso. Que la escuché, la pude tocar, que vivo con gente que hizo historia, con mis vecinos que se movieron, que hicieron algo o incluso con el que no pudo pero por lo menos lo pensó. Esos son los mejores libros de historia. Yo tengo un hijo de 18 años que se va porque acá no tiene futuro. Quiero que sepa que esta gente existió, que no es un cuento, y que muchos están vivos. Entonces, vine acá a escuchar y a aprender historia. La historia de la gente.

Indice

Prólogo 7
- El Taller Vivencias 7
- Las vecinas y vecinos 9
- Las Comuneras del 92 9
- Memorias para la Paz 10
- Los contenidos del libro y su metodología 13

Introducción 15
- El Penal de mujeres 15
- Yo pisaré las calles nuevamente... 18
- La impunidad 19
- La memoria 20

El barrio antes del Penal 23

Las presas mirando al barrio 31

El camino de los familiares 47

La memoria de los vecinos 57
- Una isla en la tormenta: la cooperativa COVITREMA 57
- Más allá de Covitrema 59
- Curiosidad y aventura: los gurises y el Penal 60
- Desafíos 62
- El miedo 63
- Una infancia feliz a pesar de todo 67
- Dilemas 68
- El barrio del Penal ¿o el Penal del barrio? 69
- La presencia militar 71
- Encuentros: las mujeres abriendo cancha 76
- Madres coraje 80
- El barrio, bastión de las mujeres 81
- Dolor de mujeres 82
- La historia de la gente 84

Esta segunda edición se terminó de imprimir en diciembre de 2004
en Artes Gráficas S.A., Porongos 3035, Tels.: 208 4888 / 208 8414,
Montevideo, Uruguay.

DL N° 333.034/2004